



PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO.

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE.

COLABORADORES. Bremón (Ilmo. Sr. D. José María). Catalina (Ilmo. Sr. D. Severo).		Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de). Fabraquer (Excmo. Sr. conde de). Fernandez Bremón (D. José).	Garrido (D. Estéban). Gonzalez de Tejada (D. José.) Hoz y de Liniers (D. V. de la).	Lafora (D. Juan Bautista). Mendoza de Vives (S. ^a D. ^a María). Pulido y Espinosa (Ilmo. Sr. D. J.).	Sabando (D. Julian Manuel de). Selgas (D. José). Serrano (D. Gaspar Bono).	Silió y Gutierrez (D. Evaristo). Sinués de Marco (S. ^a D. ^a M. del P.). Tamayo y Baus (D. Manuel).
PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION.						
SANTA TERESA DE JESUS. SAN AGUSTIN, ob., dr. y fr. SAN BUENAVENTURA, ob. y dr. SAN GERÓNIMO, dr. y fr. SAN IGNACIO DE LOYOLA. SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.	BALMES (D. Jaime). BAUTAIN (abad). BOSSUET (obispo de Meaux). BOURDALOUE (P. Luis). DONOSO CORTÉS (D. Juan). DUPANLOUP (ob. de Orleans).	FEIJÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito). FENELON (arz. de Cambray). FLECHIER (ob. de Nimes). FLEURY (abad). FLOREZ (P. Mtro. Enrique). GALLEGO (D. Juan Nicasio).	GRANADA (Fr. Luis de). GRATRY (abad). LACORDAIRE (P. J.). LEON (Fr. Luis de). LISTA (D. Alberto). MADRIGAL (D. Alonso de).	MALLEBRANCHE. MARIANA (P. Juan de). MASCARON (ob. de Agen). MASSILLON (ob. de Clermont). MATHIEU (cardenal). MONTALEMBERT (conde de).	PADRE FÉLIX (de la C. ^a de Jesus). POSADA RUBIN DE C. (patriarca). RAVIGNAN (J. Adrian de la Cruz). SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe). VEUILLOT (D. Luis). WISSEMAN (cardenal).	
DIRECTOR: D. LEOPOLDO M. BREMON.						

SUMARIO.

EL TRIUNFO DE LA IGLESIA. por D. L. M. Bremón.—EL CENTENAR DE SAN PEDRO.—Pío IX, por D. F. L. de H.—NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS. por P.—NUESTRO SEÑOR EN EL SEPULCRO.—HISTORIA DE LOS MONJES DE OCCIDENTE, por el conde de Montalambert.—EL PADRE ISLA, PINTADO POR SÍ MISMO, por D. José González de Tejada.—LA PROCESION DEL CÓRPUS, por J.—Sección recreativa: EL ÁRBOL DE LA CIENCIA, por D. José Fernández Bremón.—Poesías. A NUESTRA SEÑORA AL PIE DE LA CRUZ, por D. Gaspar Bono Serrano, presbítero.—LA ESPERANZA, por D. Leopoldo A. de Cueto.—SONETO, por D. J. F. F.—MISCELÁNEA.
Grabados: Retrato de S. S. Pío IX.—Nuestra Señora de los Desamparados.—Nuestro Señor en el Sepulcro (copia de Tiziano).—La procesion del Córpus en Madrid.—Jeroglífico.

EL TRIUNFO DE LA IGLESIA.

Fijemos nuestra vista en Roma.

¡ROMA! ¡La ciudad reina del universo, la capital del catolicismo, el emporio de las artes cristianas, la residencia del vicario de Jesucristo, el trono de la Iglesia!

¡Roma! La ciudad eterna, la sola entre las demás ciudades del mundo que enlaza el pasado con el presente y el presente con el porvenir; la sola que cuenta y contará todas las edades de la historia.

Roma, en fin, la santa, la pontificia, el Jordán de todos los pecados, el último albergue de los peregrinos...

Ningun monumento más grande, más severo pudieron levantar los siglos á la religion, á las artes, á la historia; ningun ejemplo podia presentarnos la generacion humana más vivo, más latente de la grandeza, de la superioridad, de la infalibilidad de la Iglesia cristiana.

Roma católica, alzándose arrogante sobre los escombros de la Roma pagana, hollando con su segura planta la grandeza de los Césares, y convirtiendo en ruinas sus monumentos, sus alcázares y sus templos, [para levantar sobre ellos los templos, los alcázares y los monumentos de la Iglesia cristiana, es la espresion más elocuente de su triunfo; es su apoteosis más completa.

La gran basilica de San Pedro, la catedral del mundo, con sus 464 columnas, sus 281 estatuas de bronce, sus 46 altares; esa inconcebible maravilla imaginada por el inmortal Bramante y realizada por Miguel Angel, se asienta hoy, abrumándole con su inmensa pesadumbre, sobre lo que en tiempos del paganismo llamaron *Circo de Neron*, regado con la sangre de tantos cristianos, y donde San Pedro fué sepultado despues de haber sufrido tambien el martirio en la cruz.

El coliseo, ese famoso monumento inaugurado por Tito, el destructor de Jerusalem, en el año 16 de nuestra era, erigido hoy en suntuoso

panteon de los innumerables mártires sacrificados en las sangrientas hecatombes de Domiciano, Marco Aurelio, Setimio Severo, Maximino y Diocleciano. Los templos de Vénus y de Roma, de la Paz, de Remo, de Antonino y Faustina, convertidos en iglesias cristianas. Todo lo grande, todo lo maravilloso, todo lo imponente del paganismo destruido y dominado por una sola soberanía, la soberanía de la Iglesia.

Pero no es hoy nuestro objeto describir las grandezas de la metrópoli del catolicismo. Ese glorioso monumento, cuna de la moderna civilizacion, será asunto de otros artículos que oportunamente nos proponemos publicar.

Nuestro ánimo es solo dedicar algunas líneas al sublime espectáculo que en estos momentos nos ofrece la capital del mundo católico, con motivo de la gran solemnidad religiosa que á la hora en que las escribimos se está verificando; al décimo octavo aniversario secular de la gloriosa muerte de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

Grande es siempre por sí misma la ciudad eterna á los ojos de la religion, de las artes y de la historia, pero pocas veces ha presentado un aspecto semejante. Inmenso número de cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos y toda clase de dignidades eclesiásticas; multitud de sacerdote

tes de todos los países, italianos, franceses, españoles, alemanes, americanos y orientales, agrupados alrededor del vicario de Cristo; un número también inmenso de fieles, procedentes de todos los pueblos de Europa, prorumpiendo en espontáneas muestras de profunda alegría, en nutridos vítores, en entusiastas demostraciones hacia su Padre común al poner el pie en las fronteras pontificias; todos admiran actualmente el conmovedor espectáculo que á sus ojos se presenta, que no es otra cosa que el triunfo completo de la Iglesia sobre sus extraviados é impotentes enemigos.

Ninguno de nuestros lectores ignora ya los grandes preparativos que han venido haciéndose para celebrar con imponente solemnidad esa gran fiesta de la Iglesia, que avivando el fervor religioso y arraigando los sentimientos de la fé en el corazón de todos los católicos, dejará en él una profunda huella de imperecedero recuerdo.

Es por lo tanto ocioso que de ella nos ocupemos ahora, con tanto mayor motivo, cuanto que en nuestro próximo número podremos insertar una extensa carta que esperamos de nuestro corresponsal en Roma, describiéndola detalladamente.

Limitémonos, pues, á elevar nuestros votos al cielo para que el Supremo Hacedor ilumine como hasta aquí con los rayos de su divina luz y conceda toda clase de bienes á nuestro virtuoso y sabio Padre común, á quien tanto debe hoy la Iglesia y tanto ha debido siempre en los veintinueve años de su glorioso Pontificado.

LEOPOLDO M. BREMON.

EL CENTENAR DE SAN PEDRO. ⁽¹⁾

I.

Entre cuanto por su grandeza y esplendor atrae la admiración del mundo, merecen el primer lugar los fundadores de vastos imperios. Y á nuestro juicio con razón: no hay empresa tan sublime y tan árdua á la par como la de reunir en un solo cuerpo y sujetar á una sola dominación pueblos diversos por su índole y por sus costumbres. No pudiendo por otra parte los hombres conseguir su perfeccionamiento, sino unificándose de común acuerdo bajo el amparo de una ley común, los grandes fundadores de los imperios deben ser considerados como los principales promovedores de la civilización.

La imagen más expresiva del poder y de la sabiduría divina es la organización de la multitud en la unidad social. Y ¿qué poder mayor que el de domar naciones enteras? ¿Qué sabiduría

más alta que la de dar dirección á los destinos de la naturaleza humana? No es maravilla, pues, que los nombres de los Alejandro, de los Césares, de los Carlomagnos, sean los más famosos de la historia, y ante ellos, como en presencia de seres superiores, quede atónito el resto de la humanidad.

Y siendo así, ¿quién no ve, aun haciendo abstracción de la fé, la justicia del solemne tributo que se prepara á San Pedro, para conmemorar su centésimo aniversario? Con semejante fiesta se celebra la memoria de aquel que fué fundador y cabeza del imperio más vasto que jamás se ha visto sobre la tierra. Este imperio es la Iglesia. Y no se objete que el fundador propiamente dicho de la Iglesia es Cristo, porque aunque esto sea, como es, ciertísimo, no lo es ménos que Cristo, después de haber sembrado aquel divino germen, encomendó á Pedro su ulterior desarrollo, constituyéndole en Vicario suyo. En virtud de tal delegación, Pedro fué, en rigor, el ejecutor de los grandes designios de la Providencia, y por esta y otras razones merece el nombre de fundador de la Iglesia. Cristo quiso hacerle partícipe de su misma prerogativa, de manera que, como observa San León, aunque Cristo es verdaderamente la piedra fundamental de la Iglesia, igual privilegio le fué concedido á San Pedro: *Cum ego sim inviolabilis petra, ego lapis angularis, qui facio utraque unum; tamen tu quoque petra es, quia mea virtute solidaris ut quæ mihi potestate sunt propria, sint tibi mecum participatione communia* (1).

Esto supuesto, ¿qué imperio puede compararse con el de San Pedro? Por vastos que sean los demás, no se extienden más allá de determinadas regiones. El dilatado imperio romano, que sobrepusó á todos los otros, no llegó á dominar por completo la Germania, y por la parte de Oriente terminaba en el Asia menor y la Siria. El *cuncta terrarum subacta* no fué más que una frase hiperbólica, hija del orgullo y de la exageración poética, disculpable solo en los labios de un pueblo que se denominaba á sí propio dueño y vencedor del mundo.

Por el contrario, el imperio de la Iglesia se extiende á todos los pueblos de la tierra, y su término no se divisa sino en los confines del mundo. Desde Roma se alarga su poder á los más remotos lindes del Asia, de la América y de la Oceanía.

Y lo que se dice del espacio, puede decirse también del tiempo. Los demás imperios no fueron de larga duración; y en breve fué uno destruido por otro, cuando no por flaquezas ó discordias internas. El de los Asirios duró setenta años y fué aniquilado por Ciro, bajo el cetro de Baltasar. El de los Persas duró doscientos años

y cayó á manos de Alejandro con la derrota de Dario. Poco más se sostuvo en pie el de los Griegos. Dividido, apenas murió el primer guerrero que registra la historia é ilustran las edades, en los tres reinos de Macedonia, Siria y Egipto, arrastró en este último hasta doscientos ochenta y ocho años su vacilante existencia, y al fin se extinguió en la célebre batalla de Azio, viniendo también el Egipto á poder de Augusto. Más larga vida alcanzó el imperio romano. Y no obstante, después de soportar cerca de cuatro siglos en Occidente las continuas irrupciones de los Bárbaros, comenzó en Oriente su desastrosa agonía, á la cual puso fin la cimitarra turca. Pero no es así el imperio de Pedro. Este permanece incólume y firme desde hace diez y nueve siglos, triunfando de sus más obstinados enemigos, y cuenta con la promesa de que ha de durar hasta la consumación de las edades. *Regnum quod in æternum non dissipabitur*. Y en tan glorioso vaticinio sirve el pasado de garantía para el porvenir.

Si del orden material elevamos la mente á consideraciones morales, el parangón resulta más portentoso todavía. Los demás imperios se contentaron con regir las acciones del hombre: el de San Pedro apetece la dominación interna: no se satisface con la del cuerpo: pretende más directamente la del alma: es decir, la parte más noble del ser humano y la más difícil de subordinar. Su poder da leyes al pensamiento, refrena los deseos y rige, no solo la inteligencia, sino también la voluntad y el libre albedrío.

Y ¿de qué modo ejerce Pedro tan singular imperio? Los otros conquistadores lo obtuvieron por medio de la fuerza. No se fundaron ni crecieron sus imperios sino en virtud de guerras crueles y esterminadoras, vertiendo la sangre de generaciones enteras; sembrando de cadáveres la tierra, incendiando las ciudades y devastando los campos. Su origen está conforme con su duración. Su historia no es más que una relación continua de batallas, estragos y opresión. Y por eso en boca del profeta Daniel figuran siempre bajo el aspecto ya de un águila, ya de un oso, ya de un leopardo: es decir, de fieras rapaces y crueles. *Quatuor bestiae magnae, quatuor regna sunt, quæ consurgent de terra*. Por el contrario, el imperio de Cristo es obra de la verdad y del amor. La primera vez que predicó el Señor en Jerusalem convirtió al Evangelio tres mil personas; la segunda cinco mil; y lo mismo hizo en las demás ciudades y regiones, por sí ó por medio de sus discípulos. Y cuando con increíble denuedo emprende la conquista de Roma, ¿de qué ejército dispone para pelear con los dominadores del mundo? De unos cuantos discípulos. ¿Qué armas emplea en el combate? Solo la espada de la persuasiva palabra. No de otro modo *llega, combate y vence*. Roma no es ya la ciudad de los Césares, sino la de Pedro; su tem-

(1) Siendo en estos momentos de sumo interés para todos los católicos la solemnidad con que Roma celebra el centenario de San Pedro, retiramos otros trabajos que teníamos dispuestos para la sección doctrinal, á fin de dar cabida al primero de los notables artículos que sobre aquel acontecimiento religioso ha empezado á publicar la *Civiltà cattolica*.

(1) Sermon LXXIII. In Natal. S. Petri Apostoli.

plo se alza sobre el mismo suelo en que florecían los deliciosos jardines de Neron.

Se nos dirá que San Pedro, á falta de medios naturales y humanos, disponia de los sobrenaturales y divinos. A eso responderemos que tambien los grandes conquistadores de que hacemos mencion, no llevaron á cabo sus empresas sin la especial intervencion de Dios. Él es el que rige el destino de las naciones, y concede el dominio al que mejor le agrada. *Dominatur excelsus in regno hominum, et cuiusque voluerit dabit illud.* Él permitió la formacion sucesiva de los diversos imperios terrestres, para que, mediante la unificacion material de los pueblos, viniera el mundo predispuesto á la unificacion espiritual de la Iglesia, y con la reunion de tantas provincias bajo una sola capital se hiciera más fácil la universal predicacion del Evangelio. Esta es la razon providencial que San Leon el Magno afirma presidió á la formacion del imperio romano. «Para que se difundiera por todo el mundo el efecto de aquella inefable gracia (la redencion de Cristo), la divina Providencia permitió la formacion del imperio romano... Porque era de suma conveniencia para los divinos consejos que muchos reinos se unieran en un solo imperio, á fin de que la predicacion evangélica tuviera fácil acceso en pueblos sometidos á la dominacion de una sola ciudad.» Y esto es ciertísimo. La gracia no destruye la naturaleza, antes bien la eleva á más sublime condicion. El auxilio divino no aminora en modo alguno el precio de la accion de Pedro, no rebaja una línea la alteza de su valor. No puede considerarse sin asombro á un pescador que, sin ejército, sin dinero, sin partidarios, excepto sus once compañeros, sacados de la última clase de la sociedad, acepta de un crucificado el mandato de fundar una monarquía universal, y la funda en efecto, y la asienta sobre inmutables cimientos, venciendo para conseguirlo todo género de dificultades, á despecho de la envidia de la sinagoga, de la soberbia de los sábios, del poder de los señores del mundo. Y lo que es todavía más admirable, esta dominacion no solo no es odiada, sino que es amada y querida de sus súbditos, los cuales se glorian de ella, y por sustentarla y conservarla sacrifican su sangre y su vida.

Pero más que asombro tal acontecimiento debe inspirar gratitud. El nuevo imperio produjo la regeneracion moral del hombre individual y social. Es preciso ser del todo ignorante ó insensato para no saber ó negar que á la Iglesia y puramente á la Iglesia se debe la nueva civilizacion, vencedora de la barbarie. La Iglesia reveló la verdadera idea de Dios, oscurecida por las supersticiones paganas, y devolvió al hombre su dignidad, revelándole su origen y su destino. Ella formó la familia, desterrando la poligamia y el divorcio, y elevando á ambos cónyuges á

delegados de Dios en la educacion de la prole. Ella ordenó la sociedad civil, imponiendo, por una parte, á los súbditos la obediencia, por deber de conciencia, y reduciendo por otra la autoridad política á simple ministerio, ejercido en nombre de Dios. Ella estableció todas las relaciones sociales bajo la idea de la fraternidad comun y de la supremacia de los bienes del espíritu sobre los del cuerpo. Ella, en fin, mostró al hombre el camino del verdadero progreso, proponiéndole por modelo un tipo perfectísimo é infinito, al que se puede imitar, pero nunca igualar. *Estote perfecti, sicut et Pater vester celestis perfectus est.* ¿Quién podia sacar á la Europa del caos en que la sumergieron los bárbaros, sino la Iglesia? Ella, por medio de sus obispos y de sus sacerdotes, purificó las costumbres y llevó la vida á las letras y á las ciencias. Con sus instituciones puso á salvo el derecho de propiedad, contuvo el poder, refrenó la fuerza. En sus concilios echó los cimientos de una sabia legislacion política, y educó en sus claustros á aquellos hombres extraordinarios que, elevados despues al Pontificado, fueron la luz del mundo. Francia, España, la Germania, Inglaterra, no de otro modo que bajo el impulso y la direccion de la Iglesia, se civilizaron, formaron naciones, llegaron á ser poderosas y grandes.

A San Pedro, pues, aun considerando la cuestion solamente bajo el punto de vista humano, debemos singular gratitud y afectuosa reverencia por los inestimables beneficios que nos ha dispensado; justo es que le tributemos el homenaje de la próxima festividad.

SECCION BIOGRÁFICA.

PIO IX.

Doscientos cincuenta y ocho Pontífices han regido la Santa Sede hasta el día, desde que el apóstol San Pedro fué instituido como jefe del cristianismo y cabeza visible de la Iglesia católica, ejerciendo el supremo poder espiritual como vicario de Cristo en la tierra, primero en Antioquía y despues en Roma.

El actual sucesor de San Pedro, que al subir á la cumbre del pontificado tomó el nombre de Pio, tan ilustre en los anales de la Iglesia, vino al mundo el 13 de Mayo de 1792, en Sinigaglia, ciudad perteneciente al ducado de Urbino y antigua colonia romana, cuya silla episcopal remonta su origen á los primeros siglos de la era cristiana. Descendiente de una raza ilustre y nobilísima que en la Edad media conquistó preclaros timbres, Juan María Mastai Ferreti, hijo y heredero de los condes de este título, fué educado en sus años infantiles en el santo temor de Dios, bajo la tierna inspiracion de su piadosa madre, hasta la edad de once años que, para dedicarse al estudio de las humanidades, ingre-

só en el seminario de escuelas pias de Volterra.

Regian á la sazón aquel instituto los ilustrados profesores Orcelli y el P. Bacci, eclesiástico de vastísima erudicion, bajo cuyos auspicios hizo el jóven escolar rápidos progresos durante seis años, mostrándose á gran altura en las ciencias exactas y en las bellas letras. A una aplicacion, perspicacia y buen juicio nada comunes en tan juvenil edad, reunia el escolar un carácter firme y resuelto, que no se doblegaba fácilmente, granjeándose el respeto de sus condiscipulos al par que su estimacion, porque nadie como él sabia distinguir y apreciar las cualidades de éstos.

Los sacudimientos políticos que hicieron conmover á la Europa desde los últimos años del pasado siglo, vinieron á turbar el reposo de nuestro adolescente, haciéndole trocar los libros por la espada. El famoso caudillo Bonaparte expidió en 1811 un decreto creando un cuerpo de Guardias de honor, y de esta milicia preclara tocóle al jóven Mastai formar parte, ingresando en el primer escuadron del regimiento organizado con los contingentes de Italia. Desgraciadamente su salud, fuertemente combatida por unos ataques de epilepsia, le impidió consagrarse á ejercicios bélicos; y aunque dos años más tarde solicitó del príncipe Barberini ingresar en los guardias nobles para defender la persona del perseguido Pontífice Pio VII, aquella terrible enfermedad, poniendo en grave peligro su vida, le obligó á renunciar para siempre al servicio de las armas.

Viéndose privado enteramente de seguir la carrera militar, y cediendo á los impulsos de su corazón benéfico, el jóven Mastai, que ya entonces era la Providencia de los pobres, derramando sobre los menesterosos tesoros de caridad inagotable, tornó á Dios la vista y resolvió echarse en brazos de la religion para llevar á cabo con mayor eficacia la saludable y altísima mision evangélica, cuyas raíces germinaban profundamente en su alma. Dedicóse con ardor á estudiar teología en la academia eclesiástica, bajo la direccion del abate Graziosi, y cuando en 1818 la dolencia que le atormentaba comenzó á ceder, siendo ya ménos violentos y frecuentes sus ataques, pudo recibir las órdenes menores y ejercer la evangélica mision del catequista en los Estados de Urbino, consiguiendo al fin ejercer el sacerdocio á que ambicionaba, con la condicion de celebrar el santo sacrificio de la misa asistido por otro sacerdote.

La paternal benevolencia con que el Sumo Pontífice le distinguía movieronle á implorar la dispensa de esta condicion, y Pio VII, despues de escuchar benigno tal solicitud, asió afectuosamente las manos del jóven presbítero, arrodillado á sus plantas, dirigiéndole estas frases benévolas: «Sí; queremos otorgaros esa gracia, con tanta más razon, cuanto que nunca os vereis ya

atormetado por esa dolencia.» Proféticas palabras que no se han desmentido, puesto que hasta la fecha trascurrieron cuarenta y ocho años sin que la enfermedad se reprodujera desde entonces.

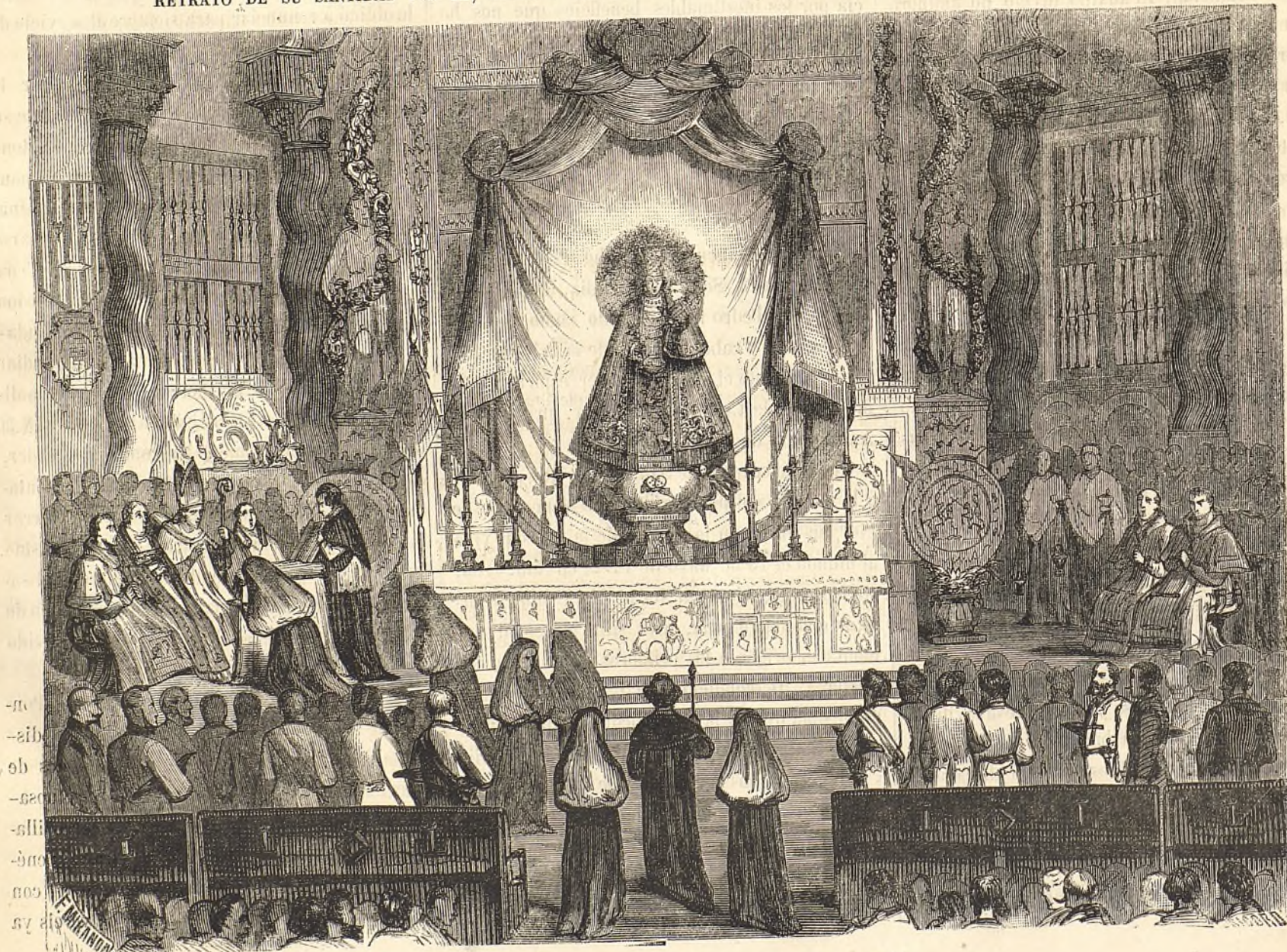
Celebró el abate Mastai su primera misa el día de Pascua de 1819 en la iglesia de Santa Ana de *I Falegnami*, capilla perteneciente á un asilo benéfico fundado por un honrado albañil, Tata Giovanni, en apoyo de los huérfanos desvalidos, en cuyo sostenimiento y educación religiosa invirtió aquel virtuoso varón toda su fortuna. En 28 de Marzo de 1823 fué nombrado canónigo supernumerario de Santa María *in Lata*, contando apenas treinta y un años de edad.

Para arreglar las cuestiones relativas al clero en la América del Sur, resolvió el gobierno pontificio enviar un vicario apostólico á tan remotos climas: el nuncio que Pío VII



mandó á Chile pidió y obtuvo que le acompañara como auditor el abate Mastai, no obstante la oposicion interpuesta por la condesa su madre, temerosa de los riesgos á que se exponia su hijo con expedicion tan lejana. El 3 de Julio salió de Roma esta legacion, y al arribar á Génova recibió la dolorosa noticia del fallecimiento del Papa, que para él habia sido, más que un protector y amigo, un segundo padre. Tres años duró su mision en el Nuevo Mundo, si bien estéril para remediar los males que afligian á la Iglesia católica en aquellos dominios, no infructuosa para desarrollar los misericordiosos impulsos del joven levita, que allí predicó la palabra de Cristo, fundando y sosteniendo innumerables obras de caridad mientras asistia personalmente á los pobres, dejando en ellos un vacío difícil de llenar cuando, al cabo de aquel tiempo, regresó á Europa.

RETRATO DE SU SANTIDAD PÍO IX, COPIADO DE UNA FOTOGRAFÍA RECIENTEMENTE SACADA DEL NATURAL.



NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS EN VALENCIA.

Ya de vuelta en Roma, vióse elevado á la prelatura romana, que confiere á sus individuos el privilegio de aspirar á las dignidades más elevadas y á los cargos supremos del gobierno pontificio, y nombrado presidente del hospicio de San Miguel en Rippa-Grande, uno de los más vastos establecimientos de caridad con que se enorgullece el mundo. El espíritu organizador del nuevo presidente restauró todas las dependencias de aquel asilo, introduciendo en su administración saludables reformas que lo elevaron á un grado de prosperidad sin límites en el corto espacio de dos meses. Cuando la Santa Sede observó el orden admirable que allí reinaba, juzgó capaz de gobernar una diócesis al desinteresado y activo poseedor de tamañas cualidades, y Leon XII, profundo apreciador de los hombres, en el Consistorio de 21 de Mayo de 1827, elevó al conde Mastai Ferreti al arzobispado de Spoleto. Cinco años rigió aquella iglesia el virtuoso prelado elegido por la Providencia para ocupar más tarde la cátedra del catolicismo, y en ese tiempo gozaron sus feligreses de todas las bondades que abrigaba la tierna y paternal solicitud de tan ilustrado pastor, viéndose francas siempre las puertas de su palacio, así para los magnates como para los humildes, y hallando todos dulce consuelo y amparo en sus tribulaciones.

Cuando en 1832 el arzobispo de Spoleto fué trasladado á la Sede más importante de Imola, todas las personas notables de aquella ciudad acudieron en diputación á suplicar al Sumo Pontífice que les conservara bajo la égida de aquel pastor ilustre; pero las necesidades de la Iglesia exigieron este sacrificio, ofreciéndosele al obispo Mastai nuevas ocasiones de ejercer su misión evangélica y piadosa en esta diócesis. Así como en Spoleto había fundado un asilo para huérfanos y una escuela gratuita en que se instruyesen los niños pobres que carecían de recursos para un aprendizaje cualquiera, en Imola instituyó un colegio eclesiástico para los estudiantes necesitados; un albergue con treinta párvulos y otro para niñas, bajo el amparo de las hermanas de la Caridad, confiándolas también un asilo para los dementes y dos escuelas, una gratuita y otra con destino á la clase acomodada. Al mismo tiempo instalaba en aquel país las religiosas del Buen Pastor, dedicándolas á cuidar las mujeres arrepentidas, invirtiendo en esta fundación sus propias rentas, que en esta y otras asociaciones piadosas consumió el buen prelado todo su peculio.

Aunque el obispo de Imola, consagrado siempre al cuidado de su diócesis, frecuentaba poco la corte romana, su mérito y sus virtudes eran harto conocidas para quedar sin premio; así fué que Gregorio XVI le elevó, *in pectore*, á la púrpura cardenalicia en 23 de Diciembre de 1839, proclamándole en el Consistorio de 14 del mismo mes en el siguiente año cardenal de la S. I. R.

con el título de San Pedro y San Marcelino.

La nueva y eminente dignidad de príncipe de la Iglesia, á que fué promovido, no despertó en el bondadoso prelado ideas ambiciosas ni supo lisonjear su orgullo, antes bien hízole redoblar con mayor afán su caritativo amor á los pobres. Retirábase con frecuencia á orar en los retiros que para el clero fundó en el Piratello, y tan alejado vivía de las cosas mundanas por consagrarse á los deberes de su apostólico ministerio, que allí, y no en su palacio episcopal de Imola, recibió el 6 de Junio de 1846 los pliegos en que se le participaba la infausta nueva de que Gregorio XVI había cesado de existir.

Profundamente conmovido el cardenal Mastai sale de Imola, cuya iglesia dejaba para siempre sin sospecharlo, y llegó á Roma el 12 de Junio por la tarde; entró el 13 en el cónclave con los demás individuos del Sacro Colegio y el 16 fué elegido Papa, es decir, padre común de los fieles por treinta y seis votos, mayoría casi unánime de los presentes á tan solemne acto. Una coincidencia singularísima hizo que él mismo fuese designado por la suerte como secretario escrutador de aquella votación solemne, y al leer con voz trémula su nombre tantas veces repetido en las papeletas de los votantes y oír la unánime aclamación de los cardenales allí reunidos, cayó de hinojos humillándose al Dios de las Misericordias, al Rey de los reyes, estremeciéndole y anonadándole el peso de su imprevisible grandeza.

Quiso el nuevo Pontífice comunicar á sus deudos, residentes en Sinigaglia, la noticia de su elevación á la Santa Sede, y lo hizo en términos tales, que sus propias palabras bastan para dar á conocer su humildad de carácter, y la inmensa bondad que su alma atesora. Hé aquí su carta:

«ROMA 16 de Junio á las once y tres cuartos de la mañana.

Dios, que humilla y exalta, ha querido elevarme de la nada á la dignidad más sublime de este mundo. Hágase por siempre su santísima voluntad. Siento el inmenso peso de tal carga; siento igualmente la estremada insuficiencia, por no decir la absoluta nulidad, de mis fuerzas para sobrellevarla. Gran motivo es este para orar: orad vosotros también por mí. El cónclave ha durado cuarenta y ocho horas. Si la ciudad quiere hacer alguna demostración pública en esta circunstancia, tomad las medidas necesarias. Mi deseo más vivo es que la suma que á ello se destina se emplee en algún objeto de utilidad general, según la opinión de los jefes del pueblo. En cuanto á vosotros, queridos hermanos, os abrazo con todo mi corazón en Jesucristo; y, lejos de alegraros por ello, tened compasión de vuestro hermano, que os da á todos su bendición apostólica.»

Estas sencillas frases y la espontánea elección hecha por los cardenales, sin que en ella influyesen las potencias católicas, como en otras veces era costumbre, prueban lo providencial y atinado del juicio que presidió al cónclave, y

demuestran cuán digno era el nuevo sucesor de San Pedro de ceñir la triple corona de jefe del catolicismo, príncipe de los reyes y vicario de Jesucristo.

«El 17 de Junio, dice un ilustre biógrafo (1), una inmensa multitud cubría la plaza del Quirinal, aguardando ansiosa la proclamación del nuevo Pontífice. En frenéticos aplausos prorumpió la muchedumbre, que admira su fisonomía llena de nobleza y de dulzura, y la conmoción que se nota en su semblante lleno de amabilidad. Venciendo su emoción, da su bendición al pueblo romano y al mundo todo. Hallábase visiblemente conmovido; lágrimas corrían de sus mejillas al contemplar desde el balcón del palacio más hermoso del mundo la multitud inmensa postrada á su presencia. Sabía que en aquella hora todo el mundo católico se inclinaba bajo su mano; que hombres que jamás le habían visto, que no le verían jamás, que aun no sabían su nombre, que no hablaban su lengua, que habitaban al otro lado de los mares, en las estremidades de la tierra, le mirarian desde entonces como á su padre, obedecerían su ley, que ninguna fuerza material les imponía como la de su señor espiritual. Sentíase el más augusto, el más poderoso entre todos los hombres; manifestábase al pueblo con toda su gloria entre el sonido de las trompetas y el estruendo de los cañones, como Dios en el Sinaí en medio de relámpagos y rayos; y después, al volver la vista á sí mismo, se encontraba tan débil, tan pobre, tan perecedero como los demás mortales, en comparación del Dios de quien era vicario sobre la tierra. La tarde de aquel mismo día el Papa tomó posesión de la basílica del Vaticano, y el 21 se coronó solemnemente en la misma iglesia, en presencia del Sacro Colegio, de los embajadores, de los príncipes y del pueblo romano.»

Desde aquel momento la vida de Pío IX ha estado íntimamente enlazada á todos los acontecimientos sociales y políticos, no solo de aquel país, sino de toda Europa; el carácter especial de esta publicación nos veda entrar en más minuciosos detalles, forzándonos á omitir todo género de apreciaciones ajenas á nuestro propósito; por otra parte, son tan recientes y públicos los grandes sucesos ocurridos en el mundo social desde su elevación al pontificado hasta la fecha, que están en la memoria y en la conciencia de todos. Únicamente diremos, para concluir, que á todos sus actos preside la fé más viva, que su bondad y su dulzura son ilimitadas, sin prescindir por ellos de la severidad del príncipe, del doctor y del juez, como dice un escritor contemporáneo (2). Su caridad es verdaderamente régia, su misericordia infinita, su amor á su pueblo carece de límites, y su grandeza es tanta, que la

(1) El conde de Fabraquer.

(2) M. Luis Veuillot.

posteridad, árbitro más competente para aquilatar el mérito de las grandes figuras históricas, hallará en él un ingenio preclaro, un varón de los más insignes, un gran monarca y uno de los Pontífices más dignos y majestuosos que han regido la Iglesia.

F. L. DE H.

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS EN VALENCIA.

A principios del siglo xv, buscábase en Valencia un artista que se encargase de dotar á la capilla del Hospital, construida bajo la advocación de Nuestra Señora de los Inocentes, de una imagen para el culto; los escultores á quienes se propuso la obra, se escusaron con la escasez de sus fuerzas, pues si bien hubo algunos que las ensayaron, todos retrocedieron, como si un poder superior hubiese de antemano cometido á otros la difícil tarea que tanto empeño manifestaban en ver concluida algunos devotos de la Virgen. Señalábase entre todos el venerable mercenario fray Juan Gilabert Jofré, fundador de la capilla, y hacia esfuerzos infructuosos para animar á los artistas, que no por falta de celo religioso, ni de deseos de acertar, esquivaban el compromiso, sino convencidos de la ineficacia de sus medios.

Una tarde paseábase el religioso de la Merced por las inmediaciones de la ciudad, y á su regreso se le acercaron tres jóvenes forasteros en traje de peregrinos. Saludaron cortesmente á fray Gilabert, y como llevaban el mismo camino y marchaban al mismo paso, entablaron una plática amistosa y le hicieron algunas preguntas sobre la población y en especial sobre sus templos y los objetos de arte que contenían. Preguntóles el buen religioso cuál era su profesión, y no quedó poco admirado cuando le respondieron que eran escultores. Lleno de gozo y esperanza les contó lo que sucedía y les propuso que se encargasen de la imagen. Aceptaron los tres desconocidos, y apenas hubieron llegado á la ciudad, el padre Gilabert corrió á anunciar la buena noticia á sus amigos.

Proporcionáronse á los forasteros local á propósito y los útiles necesarios, dejándolos en entera libertad de señalar el plazo para la terminación de la imagen, y con asombro general pidieron solo de término tres días. Pasados estos, acudieron con el religioso algunas gentes curiosas de ver el prodigio, en especial los escultores valencianos, que no podían creerlo, y sospechaban una burla. Llamaron á la puerta del taller improvisado, pero nadie contestó: volvieron á llamar sin obtener respuesta, y después de vacilar algún tiempo, se decidieron á franquear la entrada. ¡Cuál sería la sorpresa de todos al encontrar en medio del taller una imagen perfec-

tísima de Nuestra Señora, é intactos á un lado los materiales destinados á la obra! Todos cayeron de rodillas á su presencia: buscóse en vano á los peregrinos: cundió por la ciudad la fama del milagro, y fué colocada la Virgen en el altar de la capilla con gran veneración de los fieles.

Aquella imagen de origen tan milagroso es hoy la santa patrona de Valencia. No se la venera en la humilde capilla fundada por el piadoso mercenario, sino en un templo construido en la plaza de la Seo por Diego Martínez Ponce, á espensas de los devotos, á donde fué trasladada con extraordinaria pompa en el mes de Mayo de 1667, dos meses después de haber sido proclamada patrona de la ciudad. Grandes fueron los regocijos á que se entregó Valencia con motivo de la traslación de su queridísima imagen, cuyos altares estaban cubiertos de ofrendas y donativos, prueba de los numerosos favores conseguidos por su intercesión, y de milagros patentes comprobados con irrecusables testimonios.

Así cuenta la tradición el origen de la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados. Los hombres del día, los que creen en los milagros magnéticos y en las estravagancias del espiritismo, sonríen al escuchar esta sencilla narración, que se repite de boca en boca hace diez generaciones, sin que allí donde ocurrió el suceso dude de su exactitud ninguno que se llame buen católico.

Porque Valencia es un pueblo esencialmente religioso. Como si quisiese borrar de su historia la época triste en que bajo el yugo sarraceno sus templos se convirtieron en mezquitas y se recitaba el Koran donde ahora se reza el Evangelio, los valencianos practican con más fervor que otros pueblos los preceptos de la Iglesia. Amantes de la solemnidad del culto, revisten las procesiones públicas y las ceremonias del templo de un sello particular que recuerda la sencillez de los buenos tiempos. Impresionables por naturaleza, sienten la religión, su devoción llega al entusiasmo. Constantes en sus creencias, miran con religioso horror las falsas predicaciones y se estrellan en su fé todas las propagandas protestantes. Comprenden como ningún pueblo esa teología del corazón, ese misticismo poético y apasionado que inspiraba á Santa Teresa de Jesús sus elocuentes páginas.

Nuestra Señora de los Desamparados y San Vicente Ferrer, son sus intercesores predilectos. Y tal es su confianza en aquellos divinos abogados, que en las calamidades públicas cuida más el valenciano de encomendarse á sus excelsos patronos, que de prevenir los medios naturales de defensa. Tal amor profesan á sus santos titulares, que el pueblo de Valencia, indiferente muchas veces en las convulsiones sociales, se levantara en masa, con un grito unánime, con una sola voz, dispuesto á todo, el día en que un

poder humano se atreviese á sus tradiciones, atentase á sus creencias.

Dos siglos há que la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados fué trasladada de la capilla del Hospital al templo en que hoy se la adora. Este acontecimiento, que hubiera pasado desapercibido en otro pueblo donde la idea cristiana no tuviese raíces tan profundas, es objeto cada cien años de una fiesta tan solemne y majestuosa en Valencia, que aquel que la ha presenciado siente la esterilidad de la imaginación y la impotencia de la pluma para describirla.

Ha transcurrido mes y medio desde aquel suceso notable, pero seríamos injustos si no dedicásemos en el primer número de EL MUSEO CATÓLICO siquiera breves líneas para memoria de hecho tan grandioso. Tal vez no haya ejemplo en España de ceremonia tan imponente, de entusiasmo público tan completo. La poética ciudad regada por el Turia, la patria de las flores, la que ganó el Cid á los moros, parecía acometida de un delirio. El extranjero que hubiese sido conducido á la población de repente, sin preparación alguna, creería al presenciar aquel tumulto, aquellos ¡vivas! frenéticos y aquella exaltación asistir á una de esas conmociones populares en que desbordándose las masas, nada respetan, nada las contiene. Jamás en los triunfos que celebraba Roma la pagana, ni en las públicas orgías de sus Césares, se hizo ostentación de tanta gala, de regocijos tan extraordinarios. Toda la población y sus contornos, sin distinción de clases y sin reserva, habían ofrecido sus riquezas para solemnizar el acontecimiento religioso.

Las imágenes más veneradas de los pueblos inmediatos habían sido conducidas en andas á la catedral para dar pompa á la fiesta; el arzobispo de Valencia, rodeado de obispos y al frente de un clero innumerable, comisiones de personas elevadas, infinitas cofradías, todos los gremios con atributos de sus respectivos oficios y en traje correspondiente, llevando el estandarte de sus patronos y alegorías religiosas é históricas; veintiséis ciriales de peso de cien libras cada uno, luces en profusión asombrosa, las mangas parroquiales, todas las bandas de música de Valencia y las contratadas expresamente para la fiesta, los acogidos de la casa de Beneficencia, las autoridades y comisiones de todos los pueblos comarcanos, rivalizando en lujo, y multitud de detalles que es imposible recordar, constituían el inmenso cortejo de la Virgen, que por espacio de cinco horas estuvo sin interrupción saliendo de la catedral, con aturdimiento y asombro de cuantos lo presenciaban el día 11 de Mayo.

Las calles y edificios de la carrera estaban atestadas de personas, de altares, de colgaduras, de flores, de obeliscos y de alegorías. Arrojábanse versos y palomas, y como si quisieran estas tomar parte en aquella manifestación de amor

hacia Nuestra Señora de los Desamparados, una paloma vino á posarse en la cruz de la corona, manteniéndose inmóvil durante todo el tránsito, sin que el bullicio la asustase, ni los vivos y los pañuelos al agitarse y las oleadas de gente la ahuyentaran.

Los valencianos, impresionados al aspecto de su santa patrona, no podían contener el sentimiento que en sus pechos rebosaba; era un desbordamiento de ternura, se oían gritos incoherentes, ¡vivas! sollozos, y se derramaban lágrimas en abundancia.

El hombre pensador que presenciase aquel espectáculo, no podría menos de decidir en pró del Catolicismo, miradas bajo el punto filosófico y con el prisma de la verdad todas las religiones conocidas. Ninguna ha impresionado tan hondamente el corazón del hombre, ninguna le ha hecho romper en llanto de ternura tan puro y espontáneo. Los entendimientos más toscos, las naturalezas más rudas, como los más claros talentos, se unían en un vínculo de amor, fraternizaban por el único, grande y consolador de los afectos. Si en aquel momento un Neron, uno de esos monstruos humanos, hubiera amenazado á aquella población, hirviente de entusiasmo, con arrasarla si no renunciaba á la Religión católica, se hubieran decidido todos, sin escepcion, por el martirio, muriendo con alegría.

Determinarse á detallar todos los festejos, las iluminaciones, los fuegos artificiales y espectáculos de que fué testigo Valencia en aquellos días, requeriría un ímprobo trabajo y más espacio del que puede disponerse en un periódico. Plumas mucho más hábiles se encargarán de hacerlo, para recuerdo de los tiempos y en loor de Nuestra Señora de los Desamparados.

P.

SECCION HISTÓRICA.

LOS MONJES DE OCCIDENTE

DESDE SAN BENITO HASTA SAN BERNARDO,

POR

EL CONDE DE MONTALAMBERT

de la Academia francesa.

LIBRO PRIMERO.

EL IMPERIO ROMANO ANTES DE LA PAZ DE LA IGLESIA.

Fide ac veritate.

RESÚMEN.—El imperio romano, convertido al cristianismo, ofrece un espectáculo más triste y más sorprendente que bajo la dominación de los Césares paganos.—La alianza del sacerdocio y del imperio no impide ni la ruina del Estado, ni la servidumbre de la Iglesia.—Los padres de la Iglesia unánimes en reconocer la decadencia precoz del mundo cristiano.—Acción del poder imperial sobre la Iglesia.—Intervención personal de los emperadores en la teología.—Todo hereje encuentra un auxiliar en el trono.—Persecuciones y vejaciones más crueles aun que antes de Constantino.—La divinidad del príncipe proclamada todavía en tiempos de Teodosio.—La sociedad civil, cristiana de nombre, permanece en el fondo sometida al paganismo en su más grosera forma.—Despotismo sin freno de los emperadores: torturas de la fiscalización.—Todo perece en Oriente: el Occidente se en-

trega al abandono.—Degradación militar, abyección moral, irrisoria igualdad de los *ciudadanos romanos*, impotencia social del derecho romano.—La virtud y la libertad se encuentran solo en la Iglesia.—La Iglesia no puede resignarse á la nulidad de la sociedad civil, pero no logra transformar el viejo mundo imperial.—Para preservar á la cristiandad de que sufra toda ella la suerte del bajo imperio, son precisas dos invasiones: la de los Bárbaros y la de los Monjes.

Ea nobis erepta sunt quæ hominibus non minus quam liberi cara sunt, libertas, honestas, dignitas.

Cicero. *Epist. ad Fam.*

Adhæsit in terra venter noster: exsurge, Domine, adjuva nos et libera nos.

Ps. XLIII.

El pueblo romano, vencedor de todos los pueblos y dueño del mundo, esclavizado durante tres siglos por una série de monstruos ó de insensatos, interrumpida solo por algunos príncipes tolerables, ofrece en la historia el prodigio del envilecimiento y de la decadencia del hombre. Otro prodigio del poder y de la bondad de Dios es en cambio la paz de la Iglesia, proclamada por Constantino en 312. El imperio, vencido por una muchedumbre desarmada, rindió las armas al Galileo; la persecución, tras un paroxismo supremo y el más cruel de todos, hizo plaza á la protección; la humanidad respiró, y la verdad, sellada con la sangre de tantos miles de mártires, después de haberlo sido con la sangre de un Dios hecho hombre, pudo, desde entonces, emprender su vuelo victorioso hasta las extremidades de la tierra.

Y sin embargo, existe otro prodigio más grande todavía: la decadencia rápida y permanente del mundo romano después de la paz de la Iglesia. Si nada hay más abyecto en los anales de la crueldad y de la corrupción que el imperio romano, desde Augusto hasta Diocleciano, «esos monstruos del género humano y sin embargo señores del mundo (1),» hay una cosa más sorprendente y más triste, y es el imperio romano después que se hizo cristiano.

¿Cómo el cristianismo, sacado de las catacumbas para colocarle sobre el trono de los Césares, no fué suficiente para regenerar las almas en el orden temporal y en el espiritual, para devolver á la autoridad su prestigio, al ciudadano su dignidad, á Roma su grandeza, á la Europa civilizada la fuerza para defenderse y vivir? ¿Cómo el poder imperial, reconciliado con la Iglesia, cayó cada vez más en el menosprecio y en la impotencia? ¿Cómo esa memorable alianza del sacerdocio y del imperio no bastó á impedir ni la ruina del Estado, ni la servidumbre de la Iglesia?

Jamás hubo en el mundo revolución más completa, porque no solo celebró la Iglesia su emancipación al ver tomar á Constantino el lábaro por estandarte, sino que aquella fué también la señal de una íntima alianza entre la cruz y el cetro imperial. La religión cristiana, recién sa-

lida de su proscripción, pasaba á ser protegida para ser después dominadora. El sucesor de Neron y de Decio iba á tomar asiento en el primer Concilio general y á recibir el título de defensor de los santos cánones. Como se ha dicho, la república romana y la república cristiana unían sus manos en la de Constantino. Jefe único, solo juez, único legislador del universo, consentía en tomar por consejeros á los obispos y en dar fuerza de ley á sus decretos. El mundo tenía un monarca; aquel monarca era absoluto: nadie soñaba en disputar ni en contener un poder que la Iglesia bendecía y que se glorificaba protegiéndola.

Ese ideal, tan caro á muchos espíritus, de un hombre ante el cual se prosternan todos los hombres, y que, señor de todos aquellos esclavos, se prosternaba á su vez ante Dios, se vió entonces realizado. Durante dos ó tres siglos el imperio lo asumió todo; y la Iglesia no ha conocido nunca una época en que estuviera más atormentada, más agitada y más comprometida.

Mientras que Roma imperial se agitaba en el fango, la Iglesia había vivido con la existencia más grande y más noble; no, como muchos creen, únicamente oculta en el fondo de las catacumbas, sino luchando heroicamente, y á la luz del día por medio de los suplicios y de los argumentos, por la elocuencia y por el valor, por sus concilios (1) y sus escuelas, por sus mártires sobre todo, pero también por sus grandes apologistas San Ireneo, San Justino, San Cipriano, Athenágoras, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes, Lactancio, que supieron rejuvenecer y purificar á la vez la elocuencia griega y latina.

Tan favorable había sido la guerra para la Iglesia, que cuando la ofrecieron la paz, llenaba ya todos los ámbitos de la tierra.

Pero después de haber sostenido tan gloriosamente un combate de tres siglos, ¿podrá resistir á la victoria? ¿Podrá mantener su triunfo á la altura de su lucha? ¿No sucumbirá, como sucumben los vencedores bajo el orgullo y la embriaguez del éxito? A la vigilante y fecunda educación del combate, á los santos goces de la persecución, á la dignidad del peligro permanente y declarado, hay que sustituir una conducta nueva enteramente, y sobre un terreno mucho más difícil. Asociada en adelante á ese mismo poder imperial que intentó en vano aniquilarla, va á hacerse, en cierto modo, responsable de una sociedad enervada por tres siglos de servidumbre y gangrenada por todos los refinamientos de la corrupción. No basta que domine el mundo antiguo, es preciso además que le transforme y le reemplace.

(Se continuará.)

(1) Bossuet, Sermón sobre la confusión de los buenos con los malos.

(1) La colección del padre Labre cuenta entre ellos sesenta y dos anteriores á la paz de la Iglesia.

NUESTRO SEÑOR
LLEVADO AL SEPULCRO.

Como una de las cosas más en armonía con la idea dominante en este periódico, publicamos en el presente número una copia del magnífico cuadro que pintó en el siglo xv el afamado pintor Tiziano Vecelli, con cuya gloria se enorgullece Venecia, y representa la inhumación de Nuestro Señor Jesucristo, uno de los actos más sublimes de la pasión del Crucificado.

Los cinco personajes que rodean la figura del Salvador del mundo son, por el orden de su colocación de izquierda á derecha: 1.º la Santísima Virgen María, cuyo aspecto revela todo el inmenso dolor que destroza su alma. 2.º María Magdalena, la piadosa mujer que ungió los pies de Cristo con bálsamo oloroso, y en el amargo trance que el grabado recuerda sostiene entre sus brazos á la desolada Madre, mientras con asombrados ojos mira el cadáver que le causa tan honda pena. 3.º José de Arimatea, hombre rico y discípulo del Salvador, como afirmó San Mateo, capítulo xvii, v. 57: *Homo dives et ipse discipulus Jesu*, que era decurion y hombre honrado y recto, según San Lucas, cap. xxiii, v. 50, *erat decurio vir bonus et justus*. San Juan, en su evangelio, cap. xix, v. 38, añade que era discípulo de Jesús, aunque oculto por temor á los judíos: *Discipulus Jesu, occultus autem propter metum Judaeorum*; falta que procuró reparar con ocasión de la sepultura de Nuestro Señor, puesto que San Marcos, capítulo xv, v. 43, dice que este noble decurion, (co-



La Santísima Virgen.

Santa María Magdalena.

San José de Arimatea.

El apóstol San Juan.

Nuestro Señor Jesucristo.

Nicodemus.

NUESTRO SEÑOR CONDUCIDO AL SEPULCRO. CUADRO ORIGINAL DE TIZIANO.

mo entonces se denominaba á los senadores ó consejeros de las ciudades) que esperaba también el reinado de Dios, se dirigió resueltamente á Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. *Andacter introivit ad Pilatum et petit corpus Jesu.*

La cuarta figura es la del apóstol San Juan, discípulo predilecto de Jesús, á quien no abandonó un solo momento hasta el último trance; y la 5.ª no puede ser otra que la de Nicodemus, de quien habla también San Juan en el cap. xix, v. 39: *Venit autem et Nicodemus.* Conviene notar que este es el mismo que fué á buscar durante la noche á Jesús para interrogarle (San Juan, cap. ii, v. 4 y siguientes). La madre Catalina Emmerich en la *Dolorosa Pasión* afirma, además, que era hombre acomodado, justo y bueno, viudo con dos hijos.

Inútil es encarecer el mérito de la composición objeto del grabado á que aludimos, puesto que el solo nombre del pintor ilustre á quien se debe esta joya artística, basta para enaltecerle.

Véase cuán profundo sentimiento y qué pena tan grande afligen y acongojan el alma de aquella cariñosa madre, contemplando anhelante el cuerpo inanimado del Hijo de sus entrañas; qué desgarrador asombro revela el interesantísimo semblante de la santa pecadora de Betania amparando entre sus brazos á la Madre del Salvador, de cuyos restos no puede apartar la atónita vista, y por último, qué cariñosa solicitud revelan los tres discípulos del Señor afanándose en dar piadosa sepultura á su divino Maestro.



EL PADRE ISLA, RETRATADO POR SÍ MISMO.

En ninguna de las obras que los hombres dejan detrás de sí cuando pasan á otra vida, puede conocerse mejor su carácter que en las cartas familiares. Cuando nos dirigimos á un hermano, á un amigo que desde la infancia fué depositario de nuestros secretos, la pluma trasladada al papel todo lo que siente el alma. Las penas que nos entristecen, las esperanzas que nos sonríen, el amor, el odio, todo lo bueno y lo malo que encierra el corazón aparece allí, retratando al autor y dándole á conocer mejor que le conoceríamos si le tratáramos, porque acaso entonces nos nos hablaría con la misma franqueza. ¡Cuántas cartas que hoy pertenecen al dominio del público hubieran dejado sin duda de escribirse si el que las trazó hubiese llegado á saber que no serían solamente para aquel á quien se destinaban!

Ocurríame estas reflexiones leyendo la colección de cartas familiares del padre Isla, y principalmente las dirigidas á su hermana doña María Francisca y al marido de esta.

Supongo, lector, que tú te acordarás del padre Isla, el autor de *Fr. Gerundio de Campazas*, el jesuita expulsado cruelmente de su patria, como todos sus hermanos de religión, y cuyos restos yacen aun en tierra extraña, como si hubiera sido condenado á destierro perpétuo.

Leyendo la historia del famoso predicador, de seguro te habrá sido simpático el sencillez y alegre sacerdote que le dió vida. Si lees las cartas de que voy hablando, aun le tomarás mayor cariño conociéndole más de cerca. No esperes encontrar en ellas episodios dramáticos y sucesos alarmantes, no; al abrir el libro, al fijar en él tu atención, te parecerá abrir la ventana de la celda de nuestro buen religioso, y verle con la risa en los labios y con la tranquilidad del alma pintada en el rostro, escribiendo á su Mariquita, como él la llamaba, y á su cuñado Nicolás.

La mayor parte de las cartas están fechadas en Villagarcía de Campos, en cuyo seminario de novicios de la Compañía pasaba su vida consagrada á la enseñanza: las que desde Bolonia dirigía á su hermana pertenecen á una época para él harto más triste y miserable. En estas dos épocas las dividiré para examinarlas.

Veámosle primeramente en su agradable retiro de Villar de Campos. ¿Quereis saber cómo pasaba su existencia? Pues oidle á él mismo, que os lo contará mejor que yo pudiera hacerlo: —«Todos los días, dice á su cuñado, me levanto, oigo misa, y doy mis paseitos á la mañana y á la tarde en compañía de un monje benito... quien me la ha hecho muy grande en toda esta prolija enfermedad...

Llevé toda la mañana en el confesonario, saqué la cabeza como un carro; entramos esta noche en ejercicios, y para descanso me hallo

con una multitud de cartas, todas apuradas, que es menester contestarlas á letra vista... Por las tardes no trato de otro estudio que del rezo, devociones y alguna lectura muy ligera, hasta que se llega el tiempo de beber y de marcharme al prado con las bestias, en que voy á empeorar poco de conversacion, y no la echo ménos, porque no siendo racional ninguna me gusta.»

Este amor á la soledad, á la tranquila existencia distribuida entre los deberes religiosos, el estudio, la enseñanza de los novicios y el recuerdo de su familia, revélase en todas las cartas del padre Isla. Trabajo costó á sus amigos arrancarle de su celda para predicar una Cuaresma en Zaragoza, y fué inútil todo ruego para que á la ida ó á la vuelta pasara por la corte. «Cuanto más crecen las instancias para que pase por Madrid, más me confirmo en el dictamen de que ni á tí ni á mí nos conviene... y así, cerrando los ojos á todo, tomo últimamente la resolución de retirarme por el camino más breve y más desviado de amigos y conocidos, para lograr cuanto antes el descanso, que no es fácil conseguir en otra parte que en mi dulce rincón... En Tudela, Calahorra, Logroño, La Calzada y Burgos, me esperaban enjambres de conocidos y curiosos; dejelos á todos iguales, y me vine por Agreda, Soria y Burgo de Osma...»

El placer de verse de nuevo en Villagarcía, hácele exclamar de esta suerte: —«Ya, gracias á Dios, puedo hablar despacio y con sosiego desde mi amada huronera espiritual, donde entré con la mayor felicidad el día 21 á las nueve de la mañana. No puedo ponderar mi complacencia de verme en la dulce quietud de mi suspirado centro, ni me harto de besar con el corazón estas santas paredes, ya que no me permiten hacerlo con la boca los justos respetos que me retraen de toda exterioridad. Muy gruesos han de ser los cables que me vuelvan á arrancar de este suavísimo retiro, y á lo ménos han de lidiar con toda mi posible resistencia.»

No por causa de este amor á la soledad vayais á figuraros al padre Isla de genio osco y uraño. No: oidle decir desde Goyanes: «Estas señoras me confunden á favores, me ahitan á regalos, me embelesan á diversiones, mientras una picara de una cotorra me quiso comer á picotazos... Todo este (el tiempo) se lo lleva la música, la caza, la pesca, la mesa y la cama, después de cumplir con el breviario y con el misal lo más aprisa y lo peor que se puede... Las señoras no pueden ser más agradables, el sitio no puede ser más delicioso, las frutas no pueden ser más delicadas, ni las ostras pueden tampoco ser más frescas, salvo que se convierta en ostra la marquesa de A...» Cacerías, paseos por el mar, toda clase de agasajos le preparaban en aquel punto, y por cierto que, según él mismo dice, el mal tiempo y una erisipela le privaron de tales recreos, proporcionándole en cambio la satisfac-

ción de verse asistido con todo el esmero de la amistad.

Acaso no pase de ser una aprensión mía, pero siempre he creído que el que es aficionado á flores y animales no puede tener mal corazón. ¿Quereis ver al padre Isla inocentemente divertido con un gato, un tordo, una ardilla y un lobito? «Mi tonto (así llama siempre al primero), no obstante haber llevado algunas tundas de palos por meterse en la cama antes que yo, ocupando el sitio que no le toca á él, un cuarto de hora después viene muy humilde á darme un par de abrazos, y hechas las paces se va á ocupar el sitio que le corresponde, que es encima de la sobre-cama, hacia donde caen los pies, cuyo puesto ha ocupado todo el invierno, teniéndome tan caliente que me río yo de todos los *scaldalietos* de Italia...» Quien así concedía un lugar en la cama al gato diariamente, me parece que por más que hable de tundas de palos, no se las daría muy fuertes á aquel cómodo animalito. «No sé si te he escrito, prosigue en la misma carta, que desde que vine come en un plato con una tordita real que, acosada de un gavilán, se refugió á las manos del padre Labrador, y habiéndomela dado la dejé en el aposento sobre su palabra, donde, no solo come con el gato, sino que este retoza con ella, y cuando á ella se le antoja, duerme la siesta sobre él; prodigio que tiene asombrados á todos, viniendo muchos á verle de propósito, y más cuando saben que el gato no deja pájaro á vida en toda la huerta; pero conoce cuánto quiero yo á la tordita, y esto le basta, no solo para que la respete, sino para que la acaricie y la corteje.»

Tres meses después anunciaba de esta suerte la pérdida del tordo: «No me hables de la tordita. La ingrata se escapó ó se dejó coger dos días antes del Corpus; el hecho es, que después acá no ha parecido viva ni muerta, y habiendo preguntado por ella á todos los gatos del colegio, todos se encogen de uñas sin darme la menor noticia. Ella era hembra y la bastaba su sexo para cansarse de ser cortejada. Ya está reducida al tonto toda mi familia, porque aunque quise aumentarla con un lobo, también este se desgració. Es el caso que me trajeron un lobito de pocos días para que le criase. Dí orden de que se le alimentase con leche de ovejas, y á las dos semanas ya una oveja le daba de mamar, como pudiera á un cordero; siendo mi ánimo que criándose entre ellas, y no dándole á comer nunca cosa de carne, se domesticase tanto que algún día el mismo lobo las guardase. Con efecto, se hubiera conseguido, si el muchacho á quien hice ayo del lobito no le hubiera dejado subir á un poyo alto, de donde cayó y se reventó el pobre animalito.»

La misma afición á los animalitos adornaba á la hermana de nuestro jesuita. Así lo prueba el que en sus cartas la hablase de ellos á menudo,

el regalo de un perro que le envió con un arriero y el que la quiso hacer de una ardilla.

«Mucho tiempo há que tendrias en tu poder, para diversion de Mariquita, dice al marido de esta, el animalito más mono que he visto en mi vida, con que me regalaron en Zaragoza. Es una ardilla, ó un esquirolo, por una parte tan vivo que desvanece, y por otra tan doméstico y tan manso que duerme conmigo dentro de las mismas sábanas, y se me mete á comer en la faltriquera, paseándose igualmente por todas partes. No le he enviado por dos razones: la primera porque es menester entregarla á un maragato de total confianza para que la lleve en la jaula con el mayor cuidado, librándola en el camino de gatos y de perros. La segunda y principal porque un padre de este colegio, que tiene exquisita habilidad para toda clase de obra de manos, se me ofreció á hacerla una jaula con sus figuras y diferentes juegos de ruedas que aprovechen el rápido movimiento de la ardilla, y por haber estado empleado en diferentes maniobras para la imprenta, no ha podido dedicarse á esta... Nada he hablado á Mariquita por si se halla en términos de antojo y se la excita el deseo antes de tiempo.»

Este demostró muy pronto que el padre Isla no iba descaminado en no hacer consentir á su hermana en que poseería aquel recreo.

«Ahora es menester, escribe poco despues, que me envíes dos grandes piezas de paño y otras tantas de bayeta negra para el luto del *tonto* por la muerte de la ardilla, que el sábado pasado amaneció hinchada como una bota y tiesa como un garrote; desgracia que se atribuye á haberla picado alguna araña ó algún otro insecto venenoso; porque, sobre que todos los gatos de la casa la respetaban, y con los más profesaba una amistad estrecha, si habia alguno maligno, el *tonto* la defendia de él, y ella tambien sabia defenderse. Dicho *tonto* está inconsolable, tanto que el día de la fatalidad no quiso probar bocado ni dió su acostumbrado paseo por la huerta, con grande extrañeza de los demás gatos que le hacen la corte, como gusto de los pájaros que aquel día se holgaron á sus anchuras.»

En los anteriores trozos ya han podido observar mis lectores el genio alegre y bondadoso al mismo tiempo del padre Isla, por más que tambien tuviera sus puntas y ribetes de burlon en algunas ocasiones. En la siguiente carta pruébanse estas cualidades al retratar á una señora de mucha estatura:

«La primera tarde que salí, ví lo que pude de tu grande amiga la marquesa de Leis... dije «que ví lo que pude, porque no era fácil verla» toda en una tarde de Marzo, cuando no basta «para ver la mitad ni la más larga de Junio.» En fin, iré viendo poco á poco este coloso de las damas, tomándole por trozos, y de contado te

digo que el primer trozo que me tocó me pareció grandemente...

Te ama tanto, que casi me dió celos, porque aunque es mujer, lei no sé dónde que los gigantes tenían cosas de hombres, que en una gran mole para todo hay cabimiento... Con otras damas el ponerse los hombres á sus piés es cortesania; pero con esta señora es necesidad.»

De esta suerte describe á otra señora: «Si los oficiales gustasen de muchachos, tambien podiamos esperar que doña María Antonia enganchase á alguno que fuese muy discreto; pero temo que la han de pretender para cadete y que han de dar poco crédito á las faldas. Aquí se me presenta todos los días un muchacho gramático tan parecido á ella, que solo se diferencia en el traje y en que al muchacho no le apunta tanto el bozo. Por lo demás, caso que el sexo sea cierto, la fecundidad yo la aseguro, por cuanto dicen los naturalistas que ninguna tonta ha sido estéril, y porque además de otras cosas, no hay funcion más animal entre todas las humanas, y en ella lo hacen todos aquellos y todas aquellas que tienen el género por diferencia...»

Como rasgos de buen humor, merece citarse la descripcion de sus padecimientos por la sangría que le hicieron en Benavente, que «bien conocí, dice, que ésta más habia sido lanzada que sangría; pero lo disimulé, porque ya no tenia remedio, ni yo esperanza de abrir los ojos á mi Longinos,» y tambien el siguiente cuentecillo:

«Confesándose cierta dama con el padre Tomás Sanchez, que escribió dos tomos de matrimonio y murió virgen, el padre la hizo algunas preguntas, sin duda necesarias. Admirada la mozueta, le dijo: «Padre, mucho sabe en la materia,» á que el jesuita respondió: «Hija, ella y otras como ella me lo han enseñado.»

Tan jovial carácter no podia menos de ser producido por la salud del alma, que la del cuerpo no era envidiable en el padre Isla. En la mayor parte de sus cartas habla de enfermedades ó indisposiciones más ó menos graves, anuncios tal vez de los padecimientos que, aumentándose con los trabajos del destierro, tanto amargaron el último período de su vida. Lejos de entristecerle sus males, á menudo le dan motivo para chistosas ocurrencias.

«Los males físicos de los viejos, dice á su cuñado, son como los morales: en tomando posesion del edificio, no hay modo de desalojarlos.» «No dejan de darme cuidado, exclama otra vez, ciertos vahidillos que he experimentado estos días, acompañados de un dolorcillo sordo de oídos, que á ratos tambien á mí me hace sordo, y es cierto que represento el papel con bastante gracia. Ayer me ví precisado á salirme del confesonario, por no exponer á los penitentes á la confesion pública, que ya se abolió en la Iglesia... A la verdad el oído y el olfato son los dos sentidos que hacen menos falta, porque es poco

lo bueno que se oye, y aun es mucho menos lo que huele bien...» «Añádese, leo en otra epístola, la falta de dientes, que ya se va acercando á ser total. En poco más de un mes he despedido á dos, ó por mejor decir, ellos se me despidieron, cansados ya de servirme, aunque imploré el auxilio del cirujano para que saliesen de casa, de la que no querian salir, no obstante de que servian ya de estorbo más que de auxilio, y parecian dientes de perro de hortelano, que ni comen las berzas ni las dejan comer. En fin, cuando venga la muerte, que barrunto no tardará, tendrá menos que matarme, y al muñidor no le pesaré tanto, porque ya há días que yo mismo me voy enterrando poco á poco.»

(Se continuará.)

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

LA PROCESION DEL CÓRPUS.

Entre cuantos aniversarios celebra la Iglesia católica, bien para rendir culto á los varones insignes por su santidad, á los mártires que derramaron su sangre en defensa de la fé, ó á las vírgenes del Señor, bien para conmemorar los principales misterios de nuestra santa religion, ningun otro tiene tan alto objeto, tan sublime y augusto significado, como el que recuerda á los fieles la institucion del sacramento de la Eucaristía.

Hasta el año 1246, la Iglesia celebraba el aniversario de esta solemnidad en el día de Jueves Santo, pero en dicho año Roberto, obispo de Lieja, á ruego de algunos sabios y virtuosos varones, mandó celebrar una fiesta especial y exclusivamente consagrada al Santísimo Sacramento, la cual tuvo en efecto lugar en aquella ciudad. Otras varias imitaron despues su ejemplo; pero tan piadosa costumbre necesitaba la sancion del Pontífice para convertirse en ley obligatoria á todo el orbe católico, y el Papa Urbano IV, que habia sido arcediano de la referida Iglesia de Lieja, publicó en 1262 la Bula *Transiturus de hoc mundo*, en la que instituyó como precepto la festividad del *Corpus*, encomendando á Santo Tomás de Aquino que compusiese el rezo de que en tal día se sirve la Iglesia.

Clemente V confirmó la Bula de Urbano IV en el Concilio general que se celebró en Viena el año 1311, y en 1316, el Papa Juan XXII añadió á la festividad del *Corpus* una octava, é instituyó para su mayor solemnidad la procesion pública, que desde entonces viene celebrándose anualmente con gran pompa en todo el mundo cristiano.

El grabado que damos en este número representa la procesion que se acaba de verificar en Madrid, y como en él verán nuestros lectores reproducido el espectáculo que ofrece aquel solemne acto religioso, omitimos hacer la reseña detallada de dicha ceremonia, que es, por otra parte, harto conocida de todos.

SECCION RECREATIVA.

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA.

BOCETO

por

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

I.

Érase el mes de Mayo, á la caída de la tarde, en un hermoso día.

Las muchachas salían á los balcones, las macetas ostentaban esas galas de la primavera con que pueden adornarse las plantas que vegetan á fuerza de cuidados, privadas de la atmósfera libre de los campos, sin espacio donde desarrollar sus raíces y sin jugos con que alimentarse.

Estaba el cielo sereno, si cielo puede llamarse lo que distingue el habitante de la corte por el tragaluz que forman los tejados.

No hacia viento.

Asomada en uno de los balcones de cierta calle había una joven, al parecer de diez y ocho años, ocupada en arreglar una maceta; la bella jardinera examinaba con atención los botoncillos de la planta, sonriendo de satisfacción al contemplar su lozanía. Parecía decir con sus sonrisas: «Esta es mi obra.»

Y la planta impertérrita no esponjaba sus hojas, ni erguía sus ramas al contacto de aquellas manos blancas y suaves.

¡Qué ingratas son las plantas!

¿Será ficción la sensibilidad que las atribuyen los poetas bucólicos cuando se trata de las heroínas de sus versos?

¿Será la sensitiva entre los vegetales lo que entre nosotros una niña nerviosa?

¿Tendrán corazón las setas y pensarán las calabazas?

Sientan ó no las plantas, como afirman algunos, la que era objeto de tales caricias no se daba por entendida.

Bien es cierto que la insensibilidad del arbolillo nada tenía de extraña al verse acariciada por la niña de manos blancas y suaves, cabello rubio y ondulado, cintura delgada, ojos negros y cutis sonrosado. Porque ¡oh desengaño! en la esquina inmediata había un joven de agradable presencia, de pié é inmóvil, con los ojos fijos en el balcón, y hubiera sido una imbecilidad en la planta, con semejante rival, atribuirse las sonrisas de aquella joven tan fresca y tan juguetona. La maceta era un pretexto, un instrumento pasivo, una distracción diplomática, una excusa y nada más.

Los enamorados viven de excusas: la niña había elegido una planta y el rondador de la esquina parecía admirar desde lejos los ágiles movimientos de una mona, que sujeta al extremo de una cuerda, se columpiaba de balcón en

balcón con gran contentamiento de los muchachos. Sin embargo, aunque la cara del joven miraba directamente al cuadrumano, los ojos se dirigían á Amparo sin distraerse, y se apropiaba todas las sonrisas que aquella prodigaba.

Algunos movimientos de manos imperceptibles al observador, eran para los dos jóvenes signos elocuentes. Y luego sostendrán que es invención moderna la del telégrafo, cuando los enamorados han existido siempre, cuando sus ojos han aplicado la electricidad tantos siglos antes de que los sabios anunciaran el gran descubrimiento.

Así pasaron algunos minutos, pero se abrió una vidriera, y un hombre de alguna edad, apareciendo en el balcón de la casa de enfrente, fijó en Amparo una mirada codiciosa.

La niña se retiró bruscamente del balcón, y el joven de la esquina y el desconocido cruzaron una de esas miradas con que demuestra el hombre no ser el más pacífico de los seres creados.

Poco después, las campanas de las iglesias de Madrid daban el toque de oraciones, sin que una parte de los madrileños supiese á qué tocaban, sin que nadie se descubriese.

En la corte solo se hace caso de las campanas cuando tocan á fuego. La curiosidad siempre escitada necesita espectáculos, y luego, ¡es tan hermoso para muchos ver cómo arde la casa del vecino!

II.

Digamos de una vez quién era el importuno.

D. Carlos de Losada era un señor de cincuenta años de edad, alto de cuerpo, enjuto de carnes, simpático para los hombres y horrible para las mujeres.

Educado en Madrid, apenas conocía más tierras que las llanuras de Carabanchel por un lado y el camino de Fuencarral por el opuesto.

D. Carlos era un filósofo madrileño, de esos que solo han leído novelas y periódicos, que discuten en los cafés, asisten á las sesiones borrascosas, al estreno de las obras dramáticas y á los bailes del Real y Capellanes. Soltero por de contado, escéptico hasta lo sumo, y capaz de todo, menos de hacer una obra buena. El escepticismo de D. Carlos no debe extrañarse.

El habitante de las ciudades se olvida de Dios á fuerza de tropezar tanto con los hombres. Como pájaro nacido en la jaula, vive en un espacio tan pequeño, que sus ideas solo pueden girar en un círculo limitado.

El campesino ó el navegante, al contemplar llanuras dilatadas, bosques frondosos, montañas inmensas, mares encrespados, esclaman con entera convicción saludando á la naturaleza: «Dios lo ha creado.»

El ciudadano menos escéptico, cuando se asoma al balcón y observa por todo horizonte una

hilera de casas más ó menos altas, construidas de piedra ó de ladrillo, dice encogiéndose de hombros: «Esto lo hace cualquiera.»

Nadie es ateo ante la inmensidad de la creación. Esas ideas negativas no brotan al calor del sol, en una atmósfera libre, saturada de aromas, sino que fermentan en un cerebro vacío de fé, entre el humo del cigarro, ante una luz de gas ó de petróleo, en un chirivital, ó en uno de esos hormigueros humanos donde se hielan tantos corazones y se pierden tantas inteligencias.

Losada había sido uno de esos desdichados que, después de una vida sin freno, llegan á una edad en que todo lo dominan las pasiones, sin fuerza para resistirlas ni medio de satisfacerlas.

El alma, cuando se desvía de su camino natural, corre de abismo en abismo. D. Carlos no tenía familia y experimentaba la necesidad de crearla. Pero se había acordado un poco tarde.

De los veinte á los veinticinco años, las miradas de muchas mujeres buscaban con empeño las suyas.

De los veinticinco á los treinta observó que ese empeño disminuía.

De los treinta á los cuarenta, se contentaba con obtener alguna miradita de tarde en tarde.

Desde que cumplió los cuarenta aquello se acabó, y á la edad en que ocurre nuestra historia hacia diez años que las mujeres volvían á otro lado la cara cuando D. Carlos las miraba.

Esto se explica naturalmente.

Losada tenía un cutis sonrosado á los veinte años: sobre su labio superior brotaba un bigote fino y sedoso: sus manos eran blancas y torneadas.

A los veinticinco, por consecuencia de sus excesos, representaba treinta años; tenía un largo bigote: facciones varoniles y angulosas; manos delgadas.

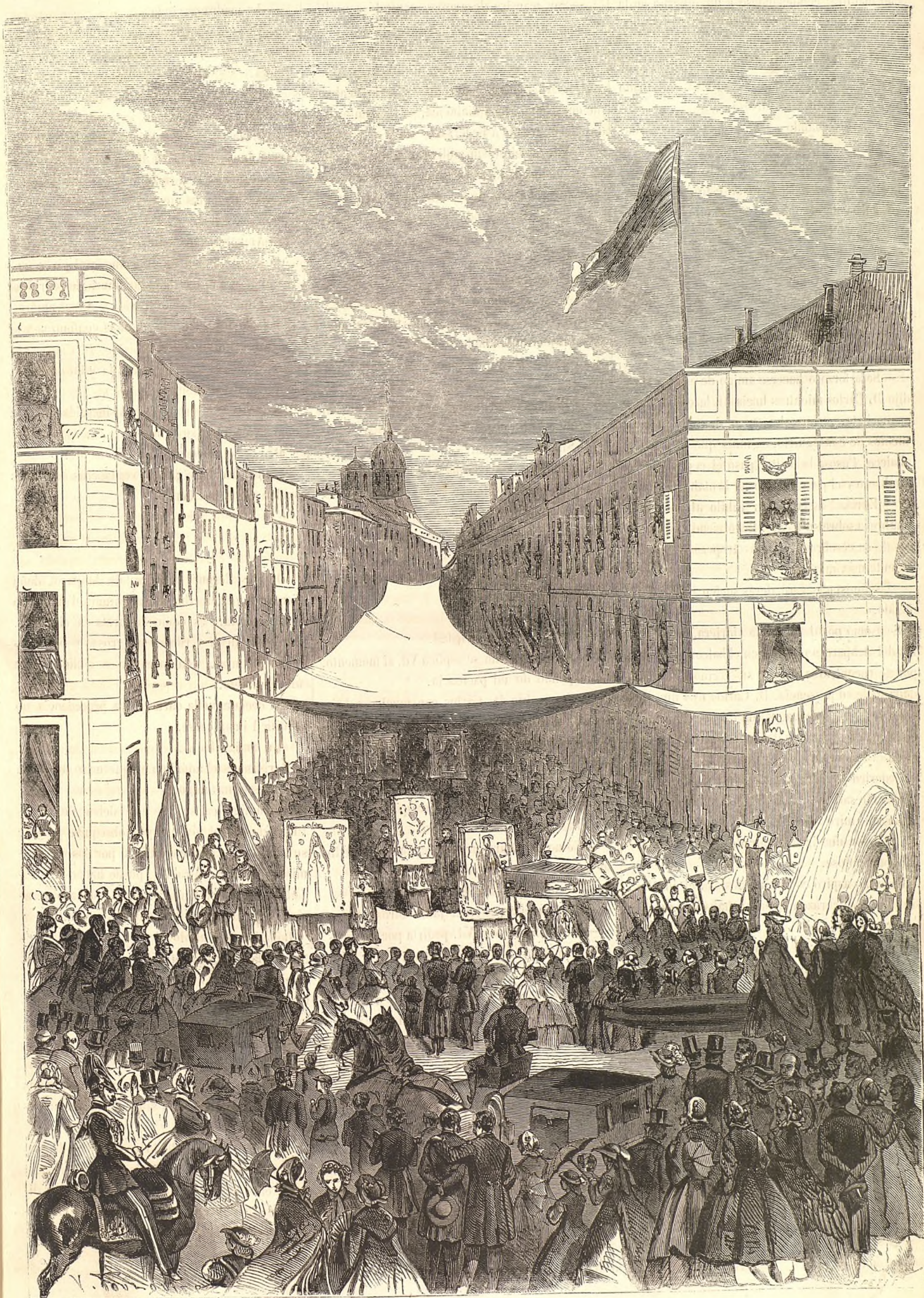
A los treinta, su bigote era un cepillo. Sus pómulos salientes denunciaban la falta de las muelas.

Y, cuando cumplió los cuarenta, tenía el pelo gris y el cutis arrugado. Había recorrido con rapidez pasmosa las estaciones de la vida.

Acartonóse su cuerpo y era su cara á los cincuenta buena solo para modelo de esas cabezas que el Greco se complacía en trasladar al lienzo. Solo podía parar en un Museo.

Un hombre de tal facha, enamorado de una niña, debía ser infeliz; así lo comprendió don Carlos y quiso desechar sus pensamientos, pero en vano. La misma esquivez de María del Amparo avivaba su pasión, y ya hemos dicho que Losada no era de esos que sabían vencer sus pasiones. Un viejo enamorado es terrible y su tenacidad inmensa; si no tiene afecciones que neutralicen ese mal, suele ser miserable; si la religión no le enfrena, es un torrente.

Gran cosa es la moderna filosofía. Híela el corazón en la juventud para que reviva en la



LA PROCESION DEL CORPUS EN MADRID.

edad madura; condenándose á un infierno en la época de la vida en que el hombre sensato concentra sus afecciones humanas en el hogar donde nacieron sus hijos.

D. Carlos había visto á Federico y adivinado lo que pasaba. Estaba furioso.

D. Carlos cuando se enfurecía era aun más feo que de ordinario.

—Es preciso que este obstáculo desaparezca, dijo cerrando el balcon con tal estrépito que cayeron al suelo algunos cristales con el golpe.

III.

D. Carlos reflexionó friamente, pasado el primer arrebato. La lucha le parecía desigual y era preciso desarmar al enemigo. Frente á frente el combate era imposible.

—Será forzoso hacerse amigo de ese hombre, dijo D. Carlos mientras hacia un lazo enorme en su corbata, y buscaba en su imaginacion los medios de conseguirlo, en tanto que se ponía el chaleco. Púsose la levita, pasó el cepillo por el sombrero y el pensamiento no brotaba.

—¡Eureka! exclamó con júbilo al colocar el sombrero sobre su frente. Revolviendo los rincones de su cerebro D. Carlos tropezó con la siguiente máxima:

«Las amistades verdaderas suelen empezar riñendo.»

Se asomó por detrás de la vidriera, pero María del Amparo no estaba en el balcon, sin duda por no encontrarse allí con su vecino. El piano daba fé de su presencia. D. Carlos oyó un vals entonces muy en boga, y que despues han tocado todos los organillos del mundo. Aquel era sin duda el himno de los dos amantes.

Federico paseaba con ademan irritado.

Cuando salió á la calle D. Carlos, se detuvo á la puerta, miró á los balcones de Amparo, dirigió al jóven una irónica mirada y empezó á andar sonriéndose.

Federico aspiró con voluptuosidad el insulto; sintió que su corazon se ensanchaba y siguió de cerca á Losada.

Este penetró en un café cercano y se sentó en uno de los lugares más solitarios. El jóven vaciló un momento; entró por fin con objeto de pedir esplicaciones y se detuvo, quedando inmóvil ante la serena mirada de D. Carlos. Temia hacer un papel ridículo.

D. Carlos, satisfecho de su triunfo, volvió á provocarle con la mirada. Federico, como atraído por un imán, adelantó algunos pasos y se sentó en la misma mesa que Losada, fijando en él la vista con descaro.

—Creo haber notado que me mira Vd. con cierta predileccion, y vengo á ponerme á sus órdenes, caballero.

—¿Es Vd. estudiante? le preguntó D. Carlos con desden.

—Soy maestro de armas, contestó con altivez el jóven.

—Magnífica profesion para eludir desafíos.

—Escepto cuando median insultos.

D. Carlos le miró con agrado; se le acababa de ocurrir una idea diabólica, y dijo manifestando cierto interés á Federico:

—Vd. es celoso sin motivos.

—Caballero, los celos suponen desconfianza, y me avergonzaria de tener celos de Amparo.

—Está Vd. resentido entonces.

—Me conceptúo ofendido.

—¿Por mí?

Federico guardó silencio.

—Acaso modifique Vd. su opinion muy en breve. ¿Quiere Vd. que hablemos sinceramente, como si fuéramos amigos?

El jóven le miraba con curiosidad y sorpresa.

—¿Responderá Vd. con franqueza á todas mis preguntas? dijo el jóven.

—Sin duda alguna.

—¿Ama Vd. á María del Amparo?

—Con toda mi alma.

—¿Y no sabe Vd. que Amparo es mi prometida?

—Lo sospechaba.

—Qué, ¿son nuestros amores incompatibles?

—Nada de eso.

—¿Se burla Vd.?

—Hablo con toda seriedad.

—Caballero, si no se esplica Vd. al momento, no respondo de mi paciencia.

—Ahora, dijo D. Carlos con mucha calma, tengo á mi vez el derecho de dirigir á Vd. algunas preguntas.

El jóven se movía en su asiento como quien no se encuentra cómodo.

—¿Por qué siendo Vd. correspondido no se presenta á la madre de Amparo?

—Yo no penetraré en su casa sino para pedir su mano.

—¿La ama Vd. de todo corazon?

—He prometido no tener jamás otros amores.

—¿Cuándo proyecta Vd. pedirla por esposa?

—Apenas se case mi hermana.

—Eso no es responderme.

—Mi hermana se casará dentro de un mes y saldrá para América á reunirse con su esposo; yo le representaré ante la iglesia.

Otra idea diabólica se le ocurrió á D. Carlos. Hay dias en que abundan las ideas.

—¿Me jura Vd. guardar secreto?

—Sí juro, contestó con interés el jóven esperando alguna revelacion.

—He querido tantear á Vd. á fin de poder apreciarle. Hoy me he convencido de que es usted el hombre destinado para mi hija.

—¡Cómo! dijo el jóven aturdido.

—Silencio: ni una palabra á nadie, ni un gesto que indique que Vd. posee este secreto.

—La madre es viuda.

—Una falta, Federico, una gran falta que Amparo ignora, que nunca ha de sospechar siquiera.

—Pero Amparo tambien temia que Vd. la persiguiese.

—Sí, la persigo con los ojos; mis miradas rebosan amor; pero es el amor del padre que no puede desahogar su cariño. Ahora bien. ¿Desmerecerá María á los ojos de Vd. despues de revelado mi secreto?

—Amparo es inocente.

D. Carlos le estrechó la mano, y el jóven, entregándose á él con toda confianza, le refirió los más íntimos detalles de su vida y de sus amores. Losada le hizo tambien algunas confianzas y se separaron muy amigos.

—No dé Vd. un solo paso sin contar conmigo, le dijo al despedirse.

Federico se lo prometió con sinceridad y cada cual se alejó por su camino.

D. Carlos murmuraba irónicamente:

—Bien decia yo, que las verdaderas amistades suelen empezar riñendo.

IV.

Dos dias despues la madre de Amparo, doña Teresa Lopez, recibió un anónimo: el anónimo en la escritura es como la careta en el rostro. Sirve para decir verdades peligrosas ó para cometer infamias. Generalmente se dedica á este último objeto.

Así decia aquella carta, cuya procedencia no es difícil imaginarse.

«Un amigo leal...

Rarísimo es el anónimo en que no se habla en nombre de un amigo.

«Un amigo leal se cree en el deber de advertir á Vd. que el jóven cuyos obsequios admite su hija, ni por su conducta, ni por los compromisos que tiene contraídos, puede hacer la felicidad de María del Amparo. Sirva esta advertencia á tiempo para evitar mayores males.»

Doña Teresa guardó silencio acerca de la carta, sin dar fé á su contenido, pero intranquila. Limitóse á observar á su hija, y se propuso tomar nuevos informes sobre Federico.

Al dia siguiente Amparo estaba triste. Su madre se hallaba al corriente de aquellos amores, y los autorizaba con su silencio. La niña, satisfecha con su tácita aprobacion, no se reservaba jamás de doña Teresa. El silencio de entrambas era elocuente.

La buena señora calculó que su hija habria recibido algun anónimo. Sabia por experiencia que la envidia y todos los malos sentimientos dirigen sus ataques allí donde hay un poco de felicidad. No hay amores que dejen de sufrir semejantes contratiempos.

(Se continuará.)

SECCION POÉTICA.

A NUESTRA SEÑORA AL PIÉ DE LA CRUZ.

ELEGÍA.

Ya que desamparada de los hombres
Y hasta del mismo cielo,
Llorais vuestra orfandad y desconsuelo,
Desolada Señora,
Permitid compasiva os acompañe
El triste pecador, que también llora.
Dadme que vuestros piés humilde bañe
Con emociones de filial ternura,
Sin rechazar, benéfica María,
Mi torpe indignidad, mi boca impura.
Dadme, sí, que en el polvo prosternado
Considere el martirio, la agonía
De vuestro corazón despedazado,
Y arderá en vuestro amor el alma mía.

El Cordero inocente
Que del seno del Padre á lavar vino
De su costado en el raudal divino
Al humano linaje delincuente;
El inefable Verbo
Que para abrir las puertas eternas,
Escogió al humanarse como siervo
Vuestras castas entrañas virginales;
De la cruz inmolado ya en el ara,
Yace ahora sangriento
En vuestro dulce maternal regazo,
Y al estrecharle en entrañable abrazo,
Acreceis más y más vuestro tormento.

En un mar anegada de amargura,
Contemplais, oh María,
Esa víctima pura:
Mas al ver el estrago
Con que la rabia de Israel impía
Lastimó su inocencia,
Desviais de sus miembros destrozados
Los ojos con violencia:
Los ojos inflamados,
Que fijos en el cielo justiciero
Con silencio profundo,
De un ¡ay! interrumpido lastimero,
Cúlpanle al parecer el abandono,
En que espirára el Salvador á manos
De seres inhumanos,
Ciegos de saña y de implacable encono.

El áspero madero
Con la reciente sangre matizado,
Que el cándido Cordero
Por la estirpe de Adán ha derramado,
Es de vuestra cabeza el solo apoyo
En el frío letargo,
Que os hiela los espíritus vitales,
Y en vez de dar alivio á vuestros males,
Fomenta ¡oh Dios! vuestro dolor amargo.

La corona de espinas
Que taladró las fibras delicadas
De sus sienas divinas;
Los clavos penetrantes
Que rasgáran las manos creadoras
De la tierra y los cielos rutilantes;
La despiadada lanza

Que en su costado santo abrió la herida,
Origen de salud, fuente de vida,
Que restituye al mundo la esperanza;
Todos cuantos despojos
A su pasión sirvieron este día,
Todos á vuestros ojos
Ahora están patentes,
Y todos á porfía,
Vuestro pecho traspasan inclementes.

A los umbríos pálidos reflejos
Que el macilento sol despide apenas,
La corte de David allá á los lejos
Solitarias descubre sus almenas.
Mirais, afligidísima Señora,
Aquel horrible y fúnebre recinto,
Y os embisten crueles nuevas penas.
¡Qué mucho empero! Recordais ahora
Que en la ciudad un tiempo de los justos,
Para absolver la raza pecadora,
En inícuca sentencia
Ha sido condenada la inocencia.

De alados paraninfos esos coros
Que del dulce Jesús el nacimiento
Celebraron sonoros
Con cánticos de júbilo y contento,
Hoy su rostro cubierto con las alas,
Por no ver horror tanto,
Del divino cadáver sin consuelo
Vagan en torno derramando llanto;
Y su amoroso duelo
Y su dolor prolijo
Las lágrimas sin término acrecientan
Con que el cuerpo bañais de vuestro Hijo.

Madre del infortunio,
De la inmortal Sion Virgen sagrada,
Todo arrecia la horrrisona tormenta
Do fluctuáis os veo consternada.
La creación lamenta
La muerte de Jesús. El sol fallece,
Y la noche enlutada se presenta.
La tierra con espanto se estremece;
Reluchan los furiosos aquilones,
Sacudiendo en su empuje la montaña
Que servía de techo á sus prisiones.
Brama el mar iracundo,
Ábrense los sepulcros: los peñascos
Con fragor se quebrantan: hoy el mundo
A su caos primero
De grado volver quiere,
El gemido escuchando postrimero
Del Redentor, que por el hombre muere.

Enmudece de espanto, oh lira mía,
Cuando naturaleza
Pregona en planideros alaridos
Su sombrío terror y su tristeza.
En flores de sepulcro convertidos
Tus adornos de rosas y azahares,
El acento suspende melodioso:
Que con silencio humilde y religioso
Más que en dulces cantares,
Plugo al cielo benigno concederte
Acompañar en tan funesto día
Del buen Jesús la dolorosa muerte,
La soledad y angustias de María.

GASPAR BONO SERRANO, PRESBITERO.

LA ESPERANZA.

BALADA.

Es nuestra vida borrascosa lucha
De bien y mal, de gozo y de dolor:
El más feliz en su interior escucha
El eco de un afán devorador.

Sueña el hombre poder, fama, opulencia:
Sueña galas y triunfos la mujer:
Todos llenan y amargan su existencia
Con quimeras de orgullo ó de placer.

Piensen que el falso bien por que hoy suspiran
Mañana arrancarán del porvenir;
Mas vuela el tiempo, y pasa... y nunca miran
De ese ansiado mañana el sol lucir.

Y si tal vez la copa de ventura
Prueban, que el blanco fué de su ambición,
Remordimiento ó saciedad impura
Halla solo en el fondo el corazón.

La realidad nuestro delirio calma:
Sucede luego al júbilo el pesar:
La ilusión que se sueña, hechiza el alma;
La ilusión que se toca, hace llorar...

Y si en la humana esfera nadie alcanza
Las dichas mil tras que perdido va,
¿Cómo no comprender que es la esperanza
El reflejo de un bien que aquí no está?

¡Ay! esa luz que nos alienta y guía
La senda de la vida al recorrer,
De un venturoso, eterno y claro día
No es más que el indeciso amanecer...

Y ¿en dónde existe, me direis ahora,
De la ventura el insondable mar?
¿En dónde hallar la antorcha de esa aurora?
¿Nuestra insaciable sed dónde apagar?...

¿No os sucedió jamás en la mañana
Mirar de un lago en el cristal azul
Pasar risueña nube de oro y grana.
Vaga y flotante como leve tul,

Y al ver su forma y sus perfiles rojos
Retratarse del lago en el cristal,
Involuntariamente alzar los ojos
Para admirar el bello original?

Pues bien, haced lo mismo en vuestra mente
Que en ese lago que os recuerdo aquí:
¿Quereis de la esperanza hallar la fuente?
Mirad al cielo, y la vereis allí.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

Mayo de 1851.

SONETO.

Yo te adoro, Señor, tu luz sagrada
Mi espíritu bañó, y el pensamiento
Voló tras el azul del firmamento
Por contemplar tu imagen increada.

Te adoro; el infinito es tu morada,
Tu voz el trueno, el huracán tu aliento;
Pirámide de mundos es tu asiento,
La eternidad sublime tu jornada.

En piélagos de luz bañas tu frente
Y astros sembrando en tu inmortal carrera,
Caminas sin ocaso y sin oriente;

Gime á tus piés la humanidad entera,
Que aguarda de sí propia mal creciente
Y el bien tan solo de tu mano espera.

I. F. F.

MISCELÁNEA.

Tres Consistorios semi-públicos se han celebrado en Roma con asistencia del Sacro Colegio y los prelados que de todo el orbe cristiano se han dirigido á la capital del catolicismo. El primero se verificó el 12 de Junio, concurriendo á él 30 cardenales y 150 obispos. Cuando el Papa hubo tomado asiento sobre su trono, abrió la sesión pronunciando un breve discurso, en que resumía las causas de los bienaventurados mártires propuestos para la canonización, mostrando deseos de oír el parecer de todos los miembros asistentes á tan augusta asamblea en asunto que tanto interesa á la gloria de Dios y de su Iglesia.

Terminado el discurso del Padre Santo, que los cardenales oyeron sentados y los arzobispos y obispos de pie, el cardenal Mattei, decano del Sacro Colegio, se levantó, y haciendo una inclinación de cabeza al Soberano Pontífice, después de sentarse y cubrirse la cabeza, leyó su voto. Después el vice-decano, cardenal Patrizzi, tomó la palabra con el mismo ceremonial, y lo mismo hicieron los cardenales obispos, los cardenales presbíteros y los cardenales diáconos. Terminada la lectura del voto del último cardenal diácono, el patriarca más antiguo se levantó y, haciendo una genuflexión profunda al Papa, leyó de pie y con la cabeza descubierta su voto. Después siguieron los otros patriarcas, los primados, los arzobispos y los obispos. Únicamente los cinco arzobispos y los diez obispos más antiguos fueron autorizados para leer. Los restantes votaron unánimemente con la palabra *placet*.

Obtenida ya la opinión del episcopado, Su Santidad tornó á hacer uso de la palabra, para decir que con tal unanimidad de sufragios, sentía vivos deseos de proceder á la canonización solemne; pero que siendo tan importante el caso, juzgaba preciso aun recurrir á la oración y diferir la resolución definitiva para el Consistorio siguiente.

Verificóse éste el 14 con mayor número de prelados concurrentes, tratándose en él de las causas relativas á los confesores y á las vírgenes que han de ser canonizados.

El tercer Consistorio fué celebrado el 26 con objeto de entregar el capelo cardenalicio al eminentísimo Sr. D. Luis de la Lastra y Cuesta, arzobispo de Sevilla, nombrado el 16 de Marzo de 1863.

Segun anuncia el telégrafo con dicha fecha, asistieron á este Consistorio, en medio de una concurrencia numerosísima de todas las naciones, 450 prelados entre cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos. El Santo Padre leyó una alocución en que, recordando las tribulaciones de la Iglesia en estos últimos tiempos, y congratulándose por el unánime y ardoroso apoyo que la cristiandad entera presta á la Santa Sede, especialmente por la unión y concurso de todo el episcopado, manifestó que abriga el propósito de convocar un Concilio ecuménico, y que lo realizará cuando se presente la oportunidad deseada para aplicar los necesarios y saludables remedios, con el consejo de todos y con el auxilio divino, á los males que oprimen á la Iglesia.

El Sumo Pontífice fué acogido con calurosas aclamaciones y el más vivo entusiasmo.

Al siguiente día el episcopado católico reunido en Roma suscribió una exposición á Su Santidad, adhiriéndose completamente á los sentimientos, deseos y propósitos consignados en la referida alocución.

El día 3 del mes anterior los superiores, profesores y alumnos internos del Seminario conciliar de Burgos que tanto había admirado las virtudes del Excmo. Sr. Cardenal de la Puente, último arzobispo de aquella diócesis, quisieron pagar el último tributo á la buena memoria de tan ilustre purpurado. A las diez de la mañana dió principio la función fúnebre; piadoso y santo espectáculo, presenciado por un numeroso concurso, que al pie de los altares dirigía sus oraciones, mezcladas con las de los ministros de la Iglesia, para conseguir de la divina Misericordia el eterno descanso de su alma.

La iglesia de Nuestra Señora del Carmen fué la destinada para las solemnes exequias, por la doble circunstancia de ser Seminario sacerdotal y el primer templo que recibió el cadáver venerando del Excmo. finado al ser trasladado de la corte, donde ocurrió su fallecimiento.

El Excmo. señor arzobispo de Trajanópolis, don Antonio María Claret, el señor vicario capitular, Sede vacante, los señores dean y varios individuos del ilustrísimo cabildo metropolitano, los gobernadores civil y militar, regente de la audiencia, alcalde constitucional y otras muchas personas distinguidas, concurrieron á dar mayor solemnidad al acto.

El duelo estaba presidido por los superiores, catedráticos y alumnos internos, que costearon exclusivamente la función. La iglesia, enlutada con majestuoso ornato, contenía un elegante y muy vistoso catafalco, donde se leían diversas inscripciones por el orden siguiente:

En las columnas más próximas se leían las épocas en que el Sr. Puente fué preconizado arzobispo de Burgos, y la de su muerte:

Ab. xxv, Sept. MDCCCLVII, Burgos. Archiep. In Xti crucifixi amplexu diem clausit XII, Mart. MDCCCLXVI

A los lados:

Erat lucerna ardens et lucens

Job. v. 55.

Forma factus gregis ex animo.

I. S. Petri V.

Principem animarum nostrarum vivis ereptum deflemus...

Al frente:

Emmo. D. D. Ferdinando de la Puente non pridem.

S. R. E. Cardinal amplissimo atq. Burgos.

Egregio, Præsuli, Doctori, Pastori, Parenti,

quem, hem! apostolici zeli ergo

magne anime prodigum

extinctum. Exteri atque nostrates deflent

Seminarii conciliaris

Cui ab. imis., extruendo, indefesse, dudum, ad-

laborabat

Præsides, Professores atq. colleg, alumni

Solemne funus

memores atque mcrentes

persolvunt.

Concluyó la función á más de la una de la tarde.

Asegura una carta de París que mientras duren las fiestas de Roma se organizará en la capital de Francia un solemne triduo en que dejarán oír su voz los PP. Félix, Jacinto y Minjar; es decir, los tres oradores sagrados más famosos en cada una de las órdenes á que pertenecen. El templo elegido *ad hoc* será una de las iglesias dedicadas á San Pedro.

Parece que el célebre historiador César Cantú se propone ir á Malinas y tomar parte en el próximo congreso católico allí reunido, habiéndolo participado así al secretario general Mr. Dubpetiaux.

Cantú será un gran cooperador, y uniéndole á los que han prometido asistir á tal reunión, hay motivo fundado para creer que la nueva asamblea católica será digna de las anteriores.

El día 6 del pasado Junio fué elegida abadesa del célebre y real monasterio de las Huelgas la ilustrísima señora doña María Benita Rodríguez. Con el fin de presidir tan solemne acto, ha sido comisionado por S. M. la Reina el Excmo. é ilustrísimo Sr. D. Antonio María Claret, arzobispo de Trajanópolis y confesor de la misma real persona.

Entre los varios objetos curiosos que llaman la atención en la exposición retrospectiva de Barcelona, se cuenta la espada de San Ignacio de Loyola.

En la real basilica de Atocha se celebró el 24 del finado mes la procesion pública del Santo Niño Jesus, titular de la obra de la Santa Infancia, asistiendo á ella los niños asociados y los señores de la junta central y de las parroquiales.

Algunos diarios encarecen la gran necesidad de reparar muchos templos en España, siendo tal el estado en que no pocos se encuentran y tan fundadas las reclamaciones hechas con este fin, que de permanecer desatendidas pueden resultar perjuicios irreparables.

Nos asociamos á esta petición, deseando que nuestras advertencias sean atendidas.

Uno de estos días ha sido nombrado catedrático de religion y moral del instituto de San Isidro en esta corte, el presbítero D. Braulio Bes y Ferrer.

El Emmo. cardenal Patrizzi, vicario de Su Santidad, ha dirigido á los romanos, con ocasión de las actuales fiestas, un *Invicto Sacro*, en el que demuestra lo que significa el Centenario de San Pedro. El ilustre prelado enumera las persecuciones que ha sufrido la Iglesia desde su divina fundación hasta nuestros días, y al ver cómo han pasado el paganismo, las herejías y la incredulidad y subsiste de un modo cada vez más floreciente la divina esposa de Cristo, concluye afirmando que el presente Centenario es una prueba más de la indefectibilidad concedida á la Iglesia por aquel cuya palabra no puede faltar.

Monseñor Bartolini, secretario de la congregación de Ritos y canónigo de la basilica de San Juan de Letran, ha publicado un folleto con el fin de probar que el año 67 de la era cristiana es el en que sufrieron el martirio los apóstoles San Pedro y San Pablo.

Puede efectivamente ser así, puesto que hasta el 42, en que se trasladó de Antioquia á Roma, no principian á contarse los 25 años que da la tradición de pontificado á San Pedro, en cuyo caso no entraría á sucederle San Lino el 66, como vulgarmente se cree.

Han regresado ya á las capitales de sus respectivas diócesis, los Ilmos. prelados de Valencia y Huesca, que habían salido á restablecer su quebrantada salud, el primero al monasterio de *Santi-Spiritus*, y el segundo á Barcelona.

El aniversario de la coronación de nuestro Santísimo Padre Pio IX, que en años anteriores se verificó el 21 de Junio en la pontificia y real iglesia de Italianos, por disposición del reverendísimo señor nuncio apostólico, prelado de dicha iglesia, se celebró en este con la acostumbrada solemnidad el 29 del propio mes, festividad de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo y décimo octavo centenario de su glorioso martirio, á las diez de la mañana, con misa de pontifical, celebrada por el Excmo. é Ilmo. señor nuncio de S. S., y sermon que predicó el Excmo. é Ilmo. señor obispo de Archis.

A esta solemne función religiosa han asistido SS. MM. los ministros de Estado y de Gracia y Justicia, y otros altos funcionarios y gran número de dignidades eclesiásticas.

En Barcelona se ha construido una custodia para la catedral de Lérida, que mide metro y medio de altura, y es toda ella de plata y oro con piedras preciosas. Dícese que es una de las custodias más ricas de España.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

Por lo no firmado,

El secretario de la redacción, F. L. DE HENALES.

Madrid: 1867.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.